



La Saga De Erik El Rojo

Cuentos Nórdicos

Comentario [LT1]:

Prólogo de C. G. Bjurström
Traducción de Alberto Villalba

PROLOGO

Saga procede del verbo *saeghia* (decir), que ha dado en alemán *sagen* y en inglés *say*. Es, por tanto, algo totalmente distinto de una leyenda, compuesta para ser leída. Se trata de una historia o una crónica transmitida por tradición oral, o un relato, en la medida en que recitar es «decir en voz alta» (lo que se sabe de memoria).

La mayor parte de las sagas han sido escritas en el transcurso de los siglos XII-XIV y, a diferencia de las crónicas medievales, han sido escritas no en latín, sino en lengua vulgar; es decir, en islandés. Los acontecimientos que narran son a menudo bastante anteriores, remontándose a la colonización de Islandia por los noruegos en el año 870 o aún antes. Por tanto, ha sido necesario que fuesen transmitidas por tradición oral hasta el momento en que por fin fueron escritas. Hoy día, no nos damos cuenta casi de ello si no lo hemos señalado al punto. Los islandeses tuvieron que confiar en su memoria y las sagas son a menudo de una exactitud y precisión sorprendentes, incluso si ciertos efectos de estilo se han deslizado en la manera de relatar los hechos, pues la precisión no excluye el arte de narrar. Se trataba asimismo de cosas importantes, tales como la gloria de la familia y de sus antepasados, ejemplos que invocar para afirmar sus derechos en una civilización donde no había leyes escritas, sino sentencias aprendidas de memoria y precedentes para los que convenía conocer la formulación muy exacta. Es así, por ejemplo, cómo en la saga de Njal, en el transcurso de un proceso ante el *ting* al que Njal no pudo asistir en persona, se envía siempre un mensajero hasta su tienda para comunicarle lo que acaba de decir la otra parte y pedirle la fórmula exacta por la que hay que responder.

El *ting* es la asamblea del pueblo, en el transcurso de la cual se toman las decisiones comunes y fuera de la cual no hay órgano común o central alguno. Cada uno es libre y actúa a su manera, a menudo con una brutalidad y una prontitud sorprendentes. Cada uno se apoya en su propia fuerza y, más allá, en la de sus familiares y amigos. En el transcurso de un litigio, se trata con frecuencia de ser más fuerte o más numerosos que su adversario, o más astuto. Las querellas de interés o de honor —ambas se confunden muy a menudo— dan así origen a venganzas con frecuencia largas y sangrientas a las que un gran número de personas son arrastradas contra su voluntad, obligadas a responder a la llamada del pariente que pide su

ayuda. El honor y la cohesión de la familia son necesarios para sus propios intereses al igual que, además, es bueno poder invocar a tal familiar poderoso o célebre. ¿Y no tienen también las sagas un papel que desempeñar desde este punto de vista?

Ahora bien, el *ting* es igualmente un tribunal. El pueblo reunido juzga allí los litigios que se le presentan y puede así, en cierto modo, moderar o legalizar la venganza. Como no existe poder ejecutivo alguno ni rey ni policía, corresponde por tanto a cada uno el hacer respetar el juicio dictado en su favor, bien con sus propias fuerzas, bien arrastrando a sus familiares y amigos —lo que, por supuesto, es más fácil desde el momento en que, oficialmente, tiene el derecho de su lado—. Pero, para el débil, este juicio no es un recurso muy importante. Ejemplo de ello es esta otra saga donde, después de una larga venganza, el *ting* pronuncia por fin su veredicto, pero donde se dice que «el juicio no fue ejecutado, pues no quedaban ya más que mujeres en la familia».

Un juicio importante del *ting* consiste en declarar a alguien fuera de ley. Desde entonces, todos tienen el derecho de matarle sin que sus familiares reconozcan el deber de vengarle, y nadie tiene el derecho de socorrerle. Para el fuera de la ley, no queda ya más que la huida y el destierro. Es lo que le sucede a Erik el Rojo que, en el año 980, descubre Groenlandia. Es también lo que le ocurre a Hrafn, que va a Noruega donde, sin embargo, logra la protección del rey Magnus. Este, que murió en el año 1047, era el hijo del rey Olav, proclamado San Olav después de su muerte en la batalla de Stiklastad en 1030. Es él quien introdujo el cristianismo en Noruega y, por tanto, puede decirse que después comienza muy lentamente otra época, más cerca del Medioevo del resto de Europa de lo que lo había sido en la época de los vikingos. Pero en las dos sagas donde figura el rey Magnus estamos aún sumergidos en la antigua sociedad y no es más que de pasada como se hace ahí alusión al cristianismo, y aún así es más bien de San Olav de quien se habla.

Ya nos hemos referido a la tradición oral, a su asombrosa precisión, así como a la importancia de saber formular bien sus frases ante el tribunal del *ting*. La palabra tiene un papel importante en estas sagas, tanto las réplicas intercambiadas como los poemas que cada uno debe poder componer y recitar. Un bello poema, un talento «literario», bastan en ocasiones para atraer la gracia de los poderosos y el rey está seguido de *escaldos* (poetas) encargados de componer poemas en su honor o para celebrar sus victorias. En cambio, una alusión maligna, una burla o un poema injurioso pueden tener las más graves consecuencias. Pues si están habituados a enfrentarse al dolor sin vacilar, los héroes de estas sagas no son menos rápidos en encolerizarse y con una violencia a menudo sorprendente. Se ve bien que no dan a la vida tanta importancia como los hombres de hoy día.

Por el hecho de que reflejan la época anterior al cristianismo, cuando dominaban los lazos de familia y la venganza, y porque asimismo están escritas directamente en islandés, según «lo que decían» las gentes, las sagas tienen un estilo personal, lacónico, feroz y orgulloso, como los héroes que ponen en escena, pero se hallan también ahí rasgos de humor un poco rudo y una ironía en ocasiones socarrona. Narrador y héroe tienen un sentido práctico muy agudo. Economía de gestos, economía de palabras, el relato no narra más que lo que se dice o se hace, y jamás se entretiene en describir una escena o en analizar sentimientos. Todo esto se deduce de las palabras y de los actos, nosotros tenemos que sentirlo y descubrirlo y, por simple que el relato pueda parecer, con frecuencia hay que leer la saga en varios niveles para sentir todo su sabor y toda su grandeza

C. G. Bjurström

LA SAGA DE ERIK EL ROJO

I

Un rey, jefe de guerreros, se llamaba Olaf. Era apodado Olaf el Blanco. Era hijo del rey Ingiald, hijo de Helgi, hijo de Gudröd, hijo de Haltdan de blancas piernas, rey de las tierras altas. Olaf partió en expedición de corso a las costas de Occidente. Conquistó Dublín en Irlanda y el país de Dublín. Se convirtió en su rey. Se casó con Aude, de espíritu penetrante, hija de Ketill de chata nariz, hijo de Björn de medias caídas, personaje famoso, originario de Noruega. Su hijo se llamaba Thorstein el Rojo. Olaf pereció en el curso de un combate en Irlanda. Aude y Thorstein partieron para las islas Hébridas. Thorstein se casó entonces con Thurid, hija de Eyvind el Noruego y hermana de Helgi el Flaco. Tuvieron muchos hijos. Thorstein se convirtió en rey de los guerreros. Se asoció al *jarl* * Sigurd, el poderoso hijo de Eystein el Soberbio. Conquistaron los distritos de Caithness y de Sutherland, de Ross y de Meréfi, y más de la mitad de Escocia. Thorstein se convirtió en su rey. Más tarde, los escoceses le traicionaron y pereció en un combate en Escocia. Aude estaba en el distrito de Caithness, cuando supo la muerte de Thorstein. Hizo construir en secreto un barco en el bosque y, cuando estuvo acabado, se dirigió en él hacia las islas Oreadas. Allí se casó con Groa, hija de Thorstein el Rojo, que tuvo como hija a Grelod, quien se casó con el *jarl* Thorfin, el hendidor de cráneos. Después, Aude partió para Islandia. Llevaba a bordo veinte hombres libres. Aude llegó a Islandia y pasó el primer invierno en compañía de su hermano Björn en puerto Björn. Posteriormente, se estableció en todo el país de los Valles entre el río y la Skrauma. Ella vivía en el pequeño valle. Hacía sus plegarias en la colina de la Cruz. Hizo colocar allí cruces, pues estaba bautizada y era muy creyente. Con ella habían venido a Islandia numerosos personajes nobles hechos prisioneros en las expediciones a Occidente y que eran llamados los siervos. Uno de ellos se llamaba Vifill. Era un hombre de alta cuna, había sido hecho prisionero en las costas del mar occidental y se le había llamado siervo, antes de que Aude le hubiese libertado, y cuando ella dio una casa a los hombres de su tripulación, Vifill preguntó por qué Aude no le daba una casa como a los demás. Aude dijo que la cosa no tenía importancia. El declaró que debía ser tratado como noble que era. Ella le dio el valle de Vifill y él habitó allí. Se casó entonces con una mujer de renombre... Tuvieron como hijos a Thorbjörn y a Thorgeir. Eran muchachos muy prometedores y crecieron junto a su padre.

** En noruego antiguo, hombre de noble cuna; antiguo jefe noruego o danés. En castellano, equivaldría a conde.*

II

Un hombre se llamaba Thorvald. Era hijo de Asvald, hijo de Ulf, hijo de Thorir de los bueyes. Su hijo se llamaba Erik el Rojo. Habiendo sido declarados culpables de asesinatos, el padre y el hijo abandonaron Jaederen para ir a Islandia y fueron a colonizar las orillas del cabo Horn. Vivieron en las Rocas Puntiguadas. Es allí donde murió Thorvald. Erik se casó entonces con Thiodild, hija de Jörund, hijo de Ulf y de Thorbjörg pecho de navio, que entonces tenía como esposo a Thorbjörn del valle del Halcón. Erik partió hacia el Sur. Se puso a desbrozar la tierra en el valle del Halcón y habitó en el caserío de Erik, cerca del recodo del río. Los siervos de Rik provocaron un desprendimiento de tierra sobre la granja de Valthiof, en el caserío de Valthiof. Eyolf el Limo, pariente de Valthiof, mató a los siervos en las Pendientes de la Carrera, por encima del recodo del río. Por ello, Rik mató a Eyolf el Limo. Mató también a Hrafn, en desafío, en las chozas de los Juegos. Geirstein y Odd de las

Arenas, parientes de Eyolf, dirigieron persecuciones contra él. Erik fue condenado y tuvo que abandonar el valle del Halcón. Colonizó entonces la isla de los Erióforos y la isla de los Bueyes, y el primer invierno vivió en los Rediles, en la isla del Sur. Prestó entonces a Thorgest las vigas de su sala *. Erik marchó después a la isla de los Bueyes y habitó en el caserío de Erik. Reclamó entonces sus vigas y no pudo recuperarlas. Erik fue a buscarlas a la Gran Morada y Thorgest partió en su persecución. Se batieron a alguna distancia de la finca de las Rocas Puntiguadas. Es allí donde perecieron dos hijos de Thorgest y algunos otros hombres. Después, cada uno de los dos adversarios reunió una numerosa tropa. Styr prestó ayuda a Erik, así como Eyjolf de la isla del Cerdo, Thorbjörn, hijo de Vifill, y los hijos de Thorbrand, del fiordo de los Cisnes, mientras que Thorgest fue ayudado por Thord el Vocinglero, por Thorgeir del valle de la Garganta, por Aslak del Largo Valle y por Illugi, su hijo. Erik fue desterrado por el *thing* de la Punta de Thor y sus compañeros con él. Erik equipó su navio en la bahía de Erik y Eyjolf le ocultó en la bahía de Dimun, mientras que Thorgest y sus compañeros le buscaban por todas partes en las islas. Thorbjörn, Eyjolf, Styr y sus gentes acompañaron a Erik hasta más allá de las islas y se despidieron como excelentes amigos. Erik declaró que les prestaría ayuda en la medida de sus fuerzas, si llegaban a tener necesidad de él. Les dijo que tenía la intención de partir a la búsqueda del país que había visto Gunnbjörn, hijo de Ulf el Cuervo, cuando navegaba a la deriva hacia el Oeste y descubrió los escollos de Gunnbjörn. Declaró que regresaría para buscar a sus amigos si descubría ese país.

Erik se hizo a la mar a lo largo del glaciar de los montes de las Nieves. Llegó cerca del glaciar que se llama el Manto Azul. Puso entonces rumbo hacia el Sur para ver si había allí viviendas en esas comarcas. Pasó el primer invierno en la isla de Erik, que se halla casi en el centro de los asentamientos del Este **. A la primavera siguiente penetró en el fiordo de Erik y se estableció allí. Al llegar el verano, partió para el desierto del Oeste y dio nombres a todos los lugares que veía. El segundo invierno lo pasó en los islotes de Erik, cerca del pico de la Desaparición *** y el tercero se encaminó hacia el Gran Norte. Se dirigió hacia los montes de las Nieves y penetró en el fiordo de Hrafn. Creyó entonces haber alcanzado el fondo del fiordo de Erik. Dio media vuelta y pasó el tercer invierno en la isla de Erik, frente a la entrada del fiordo de Erik. Al verano siguiente, partió para Islandia y entró en el fiordo Ancho. Pasó allí el invierno con Ingolf en la isla de las Focas. En la primavera tuvo lugar un combate con las gentes de Thorgest, y Erik llevó la peor parte. Posteriormente establecieron una reconciliación. Llegado el verano, Erik partió para colonizar el país que había descubierto y que llamaba el País Verde (Groenland), porque, según él, las gentes tendrían gran deseo de ir a un país que tenía un nombre tan bello.

* Vigas o *setstokki*, que separan las partes de la casa con tarima donde se vivía durante el día (y que se hallaban en las alas de la morada primitiva) y el vestíbulo central, que carecía de tarima.

** Las dos zonas principales de colonización en la costa occidental de Groenlandia se denominaban asentamiento del Este y asentamiento del Oeste.

*** Este pico debe su nombre a que el viajero lo veía en último lugar cuando navegaba rumbo a Islandia. Se llama ahora cabo Farvel.

III

Thorgeir, hijo de Vifill, se casó y desposó a Arnora, hija de Einar de las cuevas de Fuentecaliente, hijo de Sigmund, hijo de Ketill-Cardo que había colonizado el fiordo del Cardo. Otra hija de Einar se llamaba Hallveig. Thorbjörn, hijo de Vifill, la desposó y logró al mismo tiempo tierras en las cuevas de Fuentecaliente, en los campos de la Caverna.

Thorbjörn fue a establecer allí su morada y se convirtió allá lejos en un hombre muy estimado. Era un buen colono y disponía de una importante fortuna. La hija de Thorbjörn se llamaba Gudrid. Era una mujer extremadamente bella y notable en su comportamiento.

Un hombre que se llamaba Orm, vivía en Nido de Águila y tenía una mujer llamada Halldís. Orm era un buen colono y un gran amigo de Thorbjörn, y le fue confiada Gudrid durante largo tiempo para que se encargase de su educación.

Un hombre que se llamaba Thorgeir, vivía en los montes de Thorgeir. Era rico, pero era un viejo liberto. Tenía un hijo llamado Einar. Era un muchacho bien formado y de bellas maneras. Era también un hombre que amaba el boato en el vestir. Einar navegaba de un país al otro y era afortunado en sus empresas. Pasaba alternativamente el verano en Islandia y en Noruega.

Ahora es necesario indicar que, un otoño, como Einar estaba en Islandia, partió hacia el Oeste a lo largo de la costa de la Punta del monte de las Nieves. Llevaba sus mercancías, que deseaba vender. Fue a Nido de Águila. Orm le invitó a quedarse allí y Einar aceptó, pues ambos estaban unidos por la amistad. Las mercancías fueron transportadas a un almacén. Einar las desembaló, las mostró a Orm y a las gentes de su casa y le propuso tomar lo que desease. Orm aceptó este ofrecimiento y declaró que Einar era un buen navegante y un hombre favorecido por la suerte. Mientras se afanaban en torno a las mercancías, pasó una mujer ante la puerta del almacén. Einar preguntó a Orm quién era esta bella mujer que acababa de pasar ante la puerta y añadió: «Nunca la he visto hasta ahora.» Orm respondió: «Es Gudrid, mi pupila, la hija de Thorbjörn, de las cuevas de Fuentecaliente.» Einar dijo: «Debe ser un buen partido. ¿Han venido ya hombres a pedirla en matrimonio?» Orm respondió: «Ciertamente ha sido pedida en matrimonio, pero no la tendrá quien quiera. La hija debe ser difícil en la elección de un marido, y su padre también.» «Y bien, como es la mujer que tengo la intención de pedir en matrimonio —dijo Einar— querría pese a todo que hables de ello a Thorbjörn, su padre, y que pongas todos los medios para que lleves a feliz término este asunto. Te recompensaré concediéndote toda mi amistad si se realiza este matrimonio. Que el señor Thorbjörn consienta en comprender que este enlace nos será útil a ambos, pues es un hombre muy respetado, posee una bella morada pero su fortuna mobiliaria está más bien en baja, según me dicen, mientras que las tierras y los bienes muebles no nos faltan a mi padre y a mí. Si el negocio se realizase, Thorbjörn sacaría gran ventaja de ello.» Orm dijo: «Cierto, me tengo por amigo tuyo y, sin embargo, personalmente no soy de la opinión de que hagamos esta proposición, pues Thorbjörn es altivo e incluso orgulloso.» Einar declaró que a pesar de todo deseaba que fuese presentada su petición. Orm dijo que se encargaría de ello. Einar partió de nuevo hacia el Este y volvió a su casa.

Algo más tarde, Thorbjörn celebró la fiesta del otoño, como tenía costumbre de hacerlo, pues era un personaje de alto rango. Orm vino de Nido de Águila, así como muchos otros amigos de Thorbjörn. Orm entró en conversación con Thorbjörn y le dijo que Einar, de los montes de Thorgeir, había venido a su casa últimamente y que era un nombre de gran porvenir. Orm presentó entonces a Thorbjörn la petición de Einar y dijo que era ventajosa por diversas razones: «Este negocio, señor, puede consolidar mucho tu situación desde el punto de vista pecuniario.» Thorbjörn respondió: «Yo no esperaba oírte pronunciar tales palabras ni decirme que debía casar a mi hija con un hijo de esclavo, y ambos debéis pensar que mi fortuna disminuye, para darme tales consejos. No es necesario que mi hija permanezca contigo más tiempo si la juzgas digna de un matrimonio tan mediocre.» Orm regresó a su casa y todos los invitados hicieron otro tanto. Gudrid se quedó luego con su padre y pasó el invierno en la casa.

Pero en la primavera, Thorbjörn invitó a sus amigos a su casa. Vinieron muchos convidados y el festín fue excelente. En el banquete, Thorbjörn pidió que se hiciese silencio y dijo: «He residido aquí durante largos años y he podido sentir la benevolencia de los hombres hacia mí

y su afecto. Juntos hemos mantenido buenas relaciones, puedo decirlo en verdad. Y he aquí que mi situación llega a ser difícil, faltándome el dinero líquido, mientras que anteriormente pasaba por disponer de una fortuna bastante respetable. Prefiero ahora abandonar mi granja antes que perder el respeto de que gozo. Prefiero abandonar el país a deshonrar a mi familia, y voy a pedir a Erik el Rojo que mantenga la promesa que me hizo cuando nos despedimos en el fiordo Ancho. Por ello, tengo la intención de partir este verano para Groenlandia, si las cosas van como lo deseo.» Los asistentes quedaron muy afligidos por este cambio brusco, pues tenía muchos amigos, pero estimaron que Thorbjörn había hecho así públicas sus decisiones para que fuese imposible hacerle cambiar de parecer. Thorbjörn distribuyó regalos a sus invitados, quienes se dispersaron y cada uno volvió a su casa.

Thorbjörn vendió sus tierras y compró un barco encallado a la entrada del puerto de las Lavas. Treinta hombres se decidieron a partir con él; Orm de Nido de Águila y su mujer y otros amigos de Thorbjörn fueron de viaje, pues no querían abandonarle. Se hicieron después a la mar y cuando estaban en alta mar, los vientos favorables amainaron, perdieron su rumbo y estuvieron en dificultades durante todo el verano. Después, la enfermedad causó estragos en su tripulación. Orm y Halddis, su mujer, perecieron, así como la mitad de su tripulación. La mar comenzó a encrespase y los hombres tuvieron que soportar las más grandes fatigas y miserias de toda especie, y no obstante alcanzaron la Punta de Herjolf en Groenlandia, ya que se acercaba el invierno. El hombre que allí vivía se llamaba Thorkell. Era un magnífico colono. Acogió a Thorbjörn y a todos los hombres de la tripulación para el invierno. Thorkell les trató generosamente.

IV

En esta época, una gran hambruna reinaba en Groenlandia. Los hombres habían tenido mala caza y mala pesca cuando habían partido de expedición y algunos de ellos no habían regresado. Había en esta región una mujer llamada Thorbjörg. Era una vidente y se le llamaba la pequeña profetisa. Había tenido nueve hermanas que eran todas videntes, pero sólo ella quedaba aún viva. Thorbjörg tenía la costumbre de presentarse cada invierno en los banquetes y los que tenían curiosidad en conocer su destino o lo que traería la nueva estación la invitaban generalmente a su casa. Y, como Thorkell era el principal colono del país, pareció que era él quien debía enterarse de cuándo cesaría el hambre que entonces reinaba. Thorkell invitó a la vidente a su casa y le hizo un gran recibimiento, como la costumbre pedía que se hiciese cuando se recibía a una mujer de esta clase. Se le preparó un asiento de honor y se colocó un cojín bajo ella, que se suponía que contenía plumas de gallina. Cuando ella llegó por la noche con el hombre que había sido enviado a su encuentro, he aquí cómo estaba vestida. Llevaba un manto bien sujeto con cordones y todo adornado de pedrerías hasta arriba, en el cuello tenía un collar de perlas de cristal y, sobre la cabeza, un bonete de piel de carnero negro forrado en su interior con una piel de gato blanco y llevaba en la mano una caña con un pomo. Esta caña tenía una montura de cobre y estaba adornada de piedras desde el pomo hasta abajo. Llevaba ceñido un cinturón de yesca con una gran bolsa de piel de animal. Ahí conservaba los objetos mágicos de los que tenía necesidad para la adivinación. En los pies llevaba zapatos de piel de ternero, sujetos con largos lazos y adornados con grandes botones de estaño en sus extremos. En las manos tenía guantes de piel de gato forrados con largos pelos blancos. Cuando ella entró, todos estimaron que había que expresarle los deseos de bienvenida más apropiados. Ella acogió estos deseos con más o menos buena gana, según las gentes le agradasen o no. El señor Thorkell le tomó la mano y la llevó al asiento que le había sido preparado. Thorkell le rogó que echase una mirada sobre su hogar, su rebaño y toda la gente de casa. En todas estas circunstancias ella se mostró parca en palabras. Por la noche, las mesas fueron preparadas y hay que decir ahora qué manjares

fueron preparados para la vidente. Se le había hecho gachas con leche de cabra y se habían preparado para ella todos los corazones de animales que se habían podido hallar. Para la adivinación tenía una cuchara de latón y un cuchillo cuyo mango era un diente de morsa que tenía rota la punta de la hoja y que estaba guarnecido con un doble anillo de cobre. Cuando se levantaron las mesas, el señor Thorkell vino a colocarse ante Thor-björg y le preguntó acerca de sus impresiones. ¿Le agradaban su hogar y el modo de comportarse de sus gentes? ¿Contaba ella con informarse rápidamente acerca de los asuntos sobre los que le había preguntado y sobre los que los hombres estaban más deseosos de ser informados? Ella declaró que no hablaría antes del día siguiente por la mañana, después de haber pasado la noche durmiendo.

Y al día siguiente, al caer el día, fue provista de todo lo que tenía necesidad para sus prácticas mágicas. Pidió que se hiciesen venir mujeres que supiesen el poema necesario para sus encantamientos y que evocaba a Varolokur *. Pero a ninguna se halló. Se buscó en toda la comarca alguien que lo supiese. Gudrid dijo entonces: «No estoy versada en la magia, tampoco soy una adivina, pero mi madre adoptiva Halldis me enseñó en Islandia el sortilegio que ella llamaba Varolokur.» Thorkell dijo: «A nada llegas con tus conocimientos.» Ella respondió: «He ahí una operación en la que no pienso ayudaros en modo alguno, pues soy cristiana.» Thorbjörg dijo: «Ayudándonos podrás prestar servicio a las gentes de aquí, y esto no te hará peor mujer de lo que eras antes, y es preciso que me dirija a Thorkell para lograr todo aquello de lo que tengo necesidad.» Thorkell urgió entonces a Gudrid para que aceptase y ella se declaró dispuesta a hacer lo que deseaba él. Las mujeres formaron un círculo alrededor del taburete sobre el que Thorbjörg estaba sentada. Gudrid recitó entonces el sortilegio de modo tan perfecto y tan bello que, en opinión de todos, jamás había sido dicho este sortilegio con voz más bella como acababa de serlo. La vidente le dio las gracias por el recitado y declaró que muchos espíritus afluyan y encontraban grato oír el hechizo tan bien dicho, «incluso los que intentaban alejarse de nosotros y nos negaban toda obediencia. Ahora, muchas cosas que hasta aquí habían seguido siendo un misterio, para mí y para muchos otros, se vuelven claras. Y puedo decirte, Thorkell, que este hambre no durará más allá del invierno y que el tiempo mejorará cuando llegue la primavera. El mal que os ha afectado sanará asimismo más rápido de lo que se habría podido esperar. Y a ti, Gudrid, voy a recompensarte inmediatamente por la ayuda que nos has prestado, pues tu destino me aparece ya muy claro. En Groenlandia realizarás un matrimonio del todo honorable, pero no durará mucho, pues tu camino termina en Islandia y de ti saldrá un numeroso y excelente linaje y sobre tu descendencia brillan rayos tan resplandecientes como apenas me ha sido dado contemplar parecidos. Y ahora, ¡adiós y buena suerte, hija mía! » En esto, las gentes vinieron a buscar a la vidente y cada uno le preguntó lo que más curiosidad tenía por saber. Ella no se hacía de rogar para hablar y sus predicciones apenas dejaban tampoco de cumplirse. Después, como hubiesen venido de otra granja en su busca, ella partió para ir a dicha granja. Entonces fueron a buscar a Thorbjörn, que no había querido permanecer en la casa mientras se entregaban a esas prácticas supersticiosas.

El tiempo mejoró rápidamente, como la vidente había predicho. Thorbjörn equipó su navio y puso rumbo a Cuestaempinada. Erik le dio buena acogida y con buena cara, y declaró que había hecho bien en venir. Thorbjörn pasó el invierno con él, así como toda su gente, y alojaron a los marineros en casa de los campesinos. A la primavera siguiente, Erik dio a Thorbjörn tierra en la Punta del Bastón, se construyó allí una enorme granja y allí residió en adelante.

** Mediante el efecto de los hechizos mágicos llamados varolokur, el espíritu protector o guardián, que podía hacer importantes revelaciones, estaba encerrado en el círculo de los que cantaban el sortilegio.*

V

Erik tenía entonces una mujer llamada Thiodhild y de ella había tenido dos hijos. El uno se llamaba Thorstein y el otro Leif. Ambos eran muchachos plenos de porvenir. Thorstein permanecía en casa con su padre y no había en Groenlandia hombre más prometedor que él. Leif había marchado a Noruega y vivía junto al rey Olaf, hijo de Tryggi*. Pero cuando Leif abandonaba Groenlandia a comienzos del verano, él y sus compañeros fueron desviados hacia las Hébridas. Los vientos desfavorables retrasaron su partida y allí permanecieron una buena parte del verano. Leif se prendó entonces de una mujer llamada Thorgunna. Era una mujer de alta cuna y Leif notó que ella debía conocer las prácticas mágicas. Cuando Leif se preparó para partir, Thorgunna le rogó que la llevase con él. Leif le preguntó si este deseo era conforme, de alguna manera, con los deseos de su familia. Ella dijo que no se preocupaba de ello. Leif dijo que no juzgaba prudente llevar a una mujer de tan alta cuna a un país desconocido y dijo: «No tenemos suficientes hombres con nosotros.» Thorgunna declaró: «No estés muy seguro de que no tardarás en arrepentirte por ello.» «Aceptaré ese riesgo», dijo Leif. «Entonces te declaro —dijo Thorgunna— que partiré y no lo haré sola, pues espero un hijo. Declaro que tú eres su padre. Adivino que es un varón quien va a nacer. Pero, aunque tú apenas parece tener en cuenta mis deseos, criaré a este muchacho y le enviaré a encontrarse contigo en Groenlandia cuando sea capaz de ir con los demás hombres. Y adivino que este hijo que es tuyo te será tan ventajoso como nuestra separación. Tengo la intención de ir a Groenlandia antes de que todo esto termine.» Leif le dio un anillo de oro, un manto de sayal groenlandés y un cinturón hecho con dientes de caballito de mar. Ese muchacho fue a Groenlandia y fue llamado Thorgils. Leif le reconoció como hijo suyo. Y algunos pretenden que este Thorgils fue a Islandia el verano anterior al paraje de Froda. Thorgils volvió más tarde a Groenlandia. Sin embargo, no parece que todo transcurriera normalmente para él, antes que llegase su hora postrera.

Leif y sus compañeros abandonaron las Hébridas y alcanzaron Noruega en otoño. Leif se presentó en la corte del rey Olaf, hijo de Tryggvi. El rey hacía mucho caso de él y creía reconocer que era un hombre cabal. Un día, el rey entró en conversación con Leif y le preguntó: «¿Piensas ir a Groenlandia este verano?» «Pienso hacerlo —dijo Leif— si tal es vuestro deseo.» El rey respondió: «Creo que será una buena cosa e irás encargado por mí con una misión, la de anunciar el cristianismo.» Leif declaró que correspondía al rey decidir sobre ello, pero añadió que, en su opinión, esta misión sería muy difícil de realizar en Groenlandia. El rey dijo que no veía a nadie que fuese más apto para realizarla que él, «y tendrás la suerte de tu lado». «La tendré —respondió Leif— siempre que vuestra suerte esté conmigo.» Leif puso rumbo a alta mar, permaneciendo allí largo tiempo, y descubrió tierras cuya existencia no se había sospechado hasta entonces. Se encontraban allí campos de trigo silvestre y allí crecían cepas de viña. Había árboles llamados *mösurr***. Guardaron muestras de todas estas plantas. Algunos de estos árboles eran tan grandes que podían servir para la construcción de las casas. Leif encontró hombres sobre un pecio y los llevó con él. Mostró en esta circunstancia mucha grandeza y nobleza de espíritu, como muchas otras veces posteriormente, introduciendo el cristianismo en el país y en adelante fue siempre llamado Leif el feliz.

Leif entró en el fiordo de Erik y volvió a continuación a su casa de Cuestaempinada. Todo el mundo le tributó buena acogida. Anunció en seguida el cristianismo y la fe católica en todo el país. Dio a conocer a las gentes el mensaje del rey Olaf, hijo de Tryggvi, y les indicó qué resplandor y qué gloria iban unidos a esta fe. Erik acogía fríamente esta invitación a abandonar su religión, pero Thiodhild se convirtió rápidamente e hizo construir una iglesia a cierta distancia de los edificios de la granja. Este edificio fue llamado la iglesia de Thiodhild. Allí hacía ella sus plegarias con las gentes que habían abrazado el cristianismo al mismo

tiempo que ella. Thiodhild no quería tener ya más relaciones con Erik, a partir del momento en que ella hubo abrazado la nueva fe, lo que disgustó grandemente a Erik.

Se hablaba entonces mucho del proyecto, que habían ideado algunos hombres, de partir a la búsqueda del país descubierto por Leif. Al frente de ellos estaba Thorstein, hijo de Erik, hombre experimentado y bien considerado por todos. Erik fue también invitado a sumarse a ellos, pues era en su suerte y en su prudencia en lo que sobre todo se confiaba. Estuvo indeciso largo tiempo y, cuando sus amigos vinieron a preguntarle, no dijo no. Equiparon el barco que Thorbjörn había utilizado anteriormente. Se contrató a veinte hombres para la expedición. No llevaron gran cosa, nada más que armas y provisiones. La mañana en que Erik se marchó de su casa, tomó una cajita conteniendo oro y plata, lo ocultó y siguió después su camino. Ocurrió que cayó del caballo, se rompió una costilla y se dislocó el hombro. Después de este accidente, hizo decir a Thiodhild, su mujer, que debía retirar el dinero de su escondrijo. Declaró que había sido castigado así por haber ocultado el dinero. Después se hicieron a la mar y salieron del fiordo de Erik en medio de una gran alegría. Pensaban que su empresa se presentaba bajo un aspecto favorable. Vagaron entonces largo tiempo por el mar y no lograron tomar el rumbo que deseaban. Llegaron a la vista de Islandia y encontraron luego pájaros venidos de Irlanda. Su navio fue entonces arrastrado por el mar en todas direcciones. Regresaron en otoño, muy cansados y extenuados. Era ya invierno cuando alcanzaron el fiordo de Erik. Dijo entonces Erik: «Cuando abandonamos el fiordo este verano, estábamos mucho más alegres que hoy y, sin embargo, estamos muy lejos de haberlo perdido todo.» Thorstein respondió: «Honraré ahora a nuestro jefe el velar por la salvación de todos los hombres que hoy están aquí sin amparo y encontrarles alojamiento para el invierno.» Erik respondió: «El refrán siempre tiene razón, jamás se sabe nada antes de haber tenido la respuesta. Esto se comprobará aquí. Son tus consejos los que se va a seguir.» Todos los que no tenían otra vivienda siguieron entonces a Erik y a su hijo. Después se instalaron en Cuestaempinada, donde pasaron el invierno.

* *Ilustre rey de Noruega (995-1000).*

** *Quizá un abedul o un arce.*

VI

Es oportuno ahora indicar que Thorstein, hijo de Erik, pidió la mano de Gudrid y su petición fue bien acogida, tanto por ella como por su padre. Así, Thorstein se casó con Gudrid. La fiesta se celebró en otoño en Cuestaempinada. Los desposorios se celebraron con gozo y muchas gentes asistieron a ellos. Thorstein poseía una granja en los asentamientos del Oeste, en el caserío llamado del fiordo del Bacalao. Un hombre, también llamado Thorstein, participaba con él a medias en la explotación, y su mujer se llamaba Sigrid. Thorstein partió para el fiordo del Bacalao en otoño, a fin de reunirse con su homónimo, y Gudrid le acompañó. Tuvieron allí buena acogida. Pasaron allí el invierno. Sucedió que, al comienzo del invierno, una epidemia hizo estragos en su granja. El administrador se llamaba Cardar y era un hombre a quien se quería poco. Fue el primer afectado por la enfermedad y murió de ella. Después, las gentes no tardaron en morir unas tras otras. Thorstein, hijo de Erik, fue afectado entonces y Sigrid, mujer de Thorstein, su homónimo. Y, una noche, Sigrid tuvo necesidad de ir al excusado, que se hallaba fuera, justo frente a la puerta. Gudrid la acompañó y quisieron volver a la puerta de la casa. Entonces Sigrid lanzó un grito. Gudrid dijo: «Hemos sido imprudentes. Debíamos figurarnos que el frío te haría mal. Entremos lo más rápido posible.» Sigrid respondió: «No es posible en este momento. Hay ahora ante la puerta todo este grupo de muertos, y también Thorstein, tu marido, y yo misma me reconozco entre esas gentes. Es un espectáculo lastimoso de contemplar» *. Y cuando esta

visión desapareció, dijo: «Entremos ahora, Gudrid, pues ya no veo a ese grupo.» Thorstein había "desaparecido entonces él también. Ella había creído verle antes blandiendo un látigo y dispuesto a flagelar al grupo. Entraron después y, antes de amanecer, Sigríð estaba muerta. Se le hizo un féretro para colocar su cuerpo. Y en ese mismo día, los hombres querían ir a pescar al mar. Thorstein les acompañó hasta su barco en la orilla y por la tarde vino a ver lo que habían pescado. Entonces Thorstein, hijo de Erik, envió un mensaje a su homónimo para rogarle que viniese. Decía que en su casa ocurría que su mujer Sigríð quería levantarse y colocarse en la cama junto a él. Cuando llegó, ella estaba levantada yf,había subido ya al borde del lecho. Entonces la tomó de la mano y blandió un hacha contra su pecho. Thorstein, hijo de Erik, expiró al caer la noche. El señor Thorstein rogó a Gudrid que se acostase y durmiese, y dijo que él mismo pasaría la noche velando el cuerpo. Ella hizo como él había dicho. Apenas habían transcurrido las primeras horas de la noche cuando Thorstein, hijo de Erik, se alzó en su lecho y se puso a hablar. Declaró que quería que se hiciese venir a Gudrid y dijo que deseaba hablar con ella: «Dios quiere que se me conceda este momento para abandonar este mundo y arreglar mis asuntos.» El señor Thorstein fue a buscar a Gudrid y la despertó. Le rogó persignarse e implorar la ayuda de Dios, y le repitió lo que Thorstein, hijo de Erik, le había dicho. «Y quiere verte. Reflexionarás sobre la decisión que debes tomar, pues no deseo influir en modo alguno sobre tu elección.» Ella respondió: «Puede que este extraño acontecimiento prepare otros que más tarde se guardarán en la memoria. Más me complazco en esperar que Dios me protegerá. Confiando en la gracia divina, osaré ir a su encuentro y sabré lo que quiere decirme pues, si debe sucederme alguna desgracia, no podré escapar a ello. Apenas me gustaría que, después, él vuelva aún, pero me parece que esta amenaza pesa sobre nosotros.» Gudrid fue entonces a encontrarse con Thorstein y tuvo la impresión de que él lloraba. El le murmuró al oído algunas palabras que fue la única en comprender. El habló después de modo que fuese escuchado por todos y declaró que eran afortunados los que guardaban bien su fe, que todas las ayudas y todas las gracias estaban vinculadas a la fe, pero añadía que muchas gentes guardaban mal su fe. «Es una enojosa costumbre que se ha establecido en Groenlandia, desde que el cristianismo ha sido introducido, que se entierre a los muertos en tierra no consagrada después de haber celebrado tan sólo un pequeño oficio. Quiero que se me lleve a la iglesia con todos los hombres que han muerto aquí, pero quiero que se quemé el cuerpo de Cardar sobre una hoguera lo más rápido posible, pues es él quien ha provocado todas las apariciones que hemos tenido este invierno.» Habló también a ella de su destino y declaró que su suerte sería muy dichosa pero le invitó a guardarse bien de tomar a un groenlandés como marido. Le rogó que entregase sus bienes a la iglesia y, una parte de los mismos, a los pobres. Entonces se postró por segunda vez. En efecto, se había tomado la costumbre en Groenlandia, desde la introducción del cristianismo, de enterrar a las gentes en la granja donde habían muerto, en tierra no consagrada. Se plantaba entonces una estaca sobre el pecho del muerto. Más tarde, cuando venía el clérigo, se arrancaba aquélla, se echaba agua bendita en el agujero y se celebraba el oficio fúnebre en este lugar, aunque fuese con gran retraso. Los cuerpos de Thorstein y de sus gentes fueron llevados a la iglesia del fiordo de Erik, y el clérigo celebró el servicio fúnebre. Erik se encargó de Gudrid y actuó como su padre. Thorborjn murió poco después y todos los bienes volvieron a Gudrid. Erik se encargó de ella y veló fielmente por su suerte.

** Este capítulo contiene un gran número de inverosimilitudes. Sin embargo, las historias de aparecidos y los diálogos entre muertos y vivos que narra parecen pertenecer a una antigua tradición oral,y se las volverá a encontrar en el Relato de los groenlandeses, bajo una forma un poco diferente.*

VII

Un hombre se llamaba Thord. Vivía en el cabo, en la orilla del cabo. Se había casado con Thorgerd, hija de Thorir el perezoso y de Frigerd, hija de Kjarval, rey de Irlanda. Thord era hijo de Björn mantequilla-en-caja, hijo de Hroald el triste, hijo de Aslak, hijo de Bjarni cota de hierro, hijo de Ragnar de calzones peludos. Thor y Thorgerd tuvieron un hijo llamado Snorri. Se había casado con Thorild perdiz blanca, hija de Thord el vocinglero. Tuvieron como hijo a Thord cabeza de caballo. El hijo de Thord se llamaba Thorfin Karlsefni *. La madre de Thorfin se llamaba Thorun. Thorfin estaba con frecuencia de viaje debido a sus negocios comerciales y estaba considerado como un buen navegante. Un verano, Karlsefni equipó su navio y tomó sus medidas para llegar a Groenlandia. Snorri, hijo de Thorbrand, le acompañaba. Partieron del fiordo de los Cisnes. En total eran cuarenta hombres a bordo. Un hombre se llamaba Bjarni, hijo de Grimolf, originario del fiordo Ancho. Otro se llamaba Thorall, hijo de Gamli. Procedía de los fiordos del Este. En ese mismo verano, equiparon su navio para llegar a Groenlandia. También eran cuarenta hombres a bordo. Cuando los dos navios estuvieron dispuestos, Karlsefni y sus gentes se hicieron a la mar. Se ignora cuánto tiempo estuvieron en el mar, pero hay que indicar que en el otoño estos dos navios llegaron al fiordo de Erik. Erik y algunos otros habitantes del país subieron a bordo y en seguida se hicieron negocios con ellos. Los capitanes de los barcos ofrecieron a Erik tomar de sus mercancías cuanto decidiesen. A cambio, Erik mostró su munificencia proponiendo alojar a la tripulación de estos dos barcos en su casa durante el invierno, en Cuestaempinada. Los comerciantes aceptaron y le dieron las gracias. Sus mercancías fueron transportadas a continuación a su casa de Cuestaempinada. Allí, los negociantes no carecieron de enormes almacenes para conservar sus mercancías. Nada les faltó de las numerosas cosas de que tenían necesidad y nuestros mercaderes se encontraron muy bien durante el invierno. Como se aproximaba Jól **, Erik se volvió muy silencioso y más melancólico que de costumbre. Un día Karlsefni entró en conversación con él y le dijo: «¿Tienes preocupaciones, señor Erik? Nos parece haber notado que estás más taciturno que de costumbre. Nos has tratado con la mayor generosidad y nos sentimos obligados a devolverte favor por favor, en toda la medida de nuestras posibilidades. Dinos de dónde te viene este humor taciturno.» Erik respondió: «Sois huéspedes amables y agradecidos. Pero no querría que perdáis a cambio en nuestro negocio. Temería más bien que, cuando hayáis partido a otro lugar, se diga que jamás hayáis celebrado un festín más pobre de Jól que el que se avecina, y que os haya ofrecido Erik el Rojo en Cuestaempinada, en Groenlandia.» «No sucederá así, señor Erik —dijo Karlsefni—. A bordo tenemos malta y grano. Tomarás de ello cuanto desees y celebraréis un festín tan magnífico como os conviene hacer en esta circunstancia.» Erik aceptó este ofrecimiento y se hicieron los preparativos para el festín de Jól. El banquete fue de los más decorosos, de tal modo que las gentes no recordaban haber visto desplegar semejante munificencia en este pobre país. Y después de Jól, Karlsefni pidió a Erik la mano de Gudrid, pues le parecía que estaba bajo su custodia. Erik dio una respuesta favorable y dijo que ella no tendría más que seguir su destino y declaró que no tenía de él más que buenas referencias. Finalmente, sucedió que Thorfin se prometió a Gudrid, y se prolongaron los festines. Sus esponsales fueron celebrados y pasaron entonces el invierno en Cuestaempinada.

* *Sobrenombre que significa «muchacho muy prometedor, con gran porvenir».*

** *Se trata de la fiesta pagana de Jól y no de la cristiana de Navidad, que ha ocupado el lugar de esta fiesta antigua de los escandinavos y que lleva su nombre.*

VIII

En Cuestaempinada se comenzaba a hablar mucho del viaje de los hombres que debían partir a la búsqueda de la buena Tierra del Vino (Vinland) y se decía que era allí donde había que ir para encontrar tierras fértiles. Y sucedió que Karlsefni y Snorri equiparon su navio para ir en primavera a la búsqueda de ese país. Bjarni y Thorall emprendieron el viaje con ellos en su navio, así como los hombres que les habían acompañado. Un hombre se llamaba Thorvard. Se había casado con Freydis, hija natural de Erik el Rojo. Partió asimismo con ellos, así como Thorvald, hijo de Erik y Thorall, a quien se llamaba el cazador. Había estado largo tiempo al servicio de Erik como cazador en el verano y como administrador en el invierno. Era un hombre grande y fuerte, de negros cabellos. Un gigante taciturno y tosco cuando hablaba. Empujaba continuamente a Erik a hacer el mal. Era un mal cristiano. Tenía la costumbre de moverse por las regiones desiertas. Estaba en el mismo barco que Thorvard y Thorvald. Tenían el barco con el que Thorbjörn había venido antaño a Groenlandia. En total eran sesenta hombres y se hicieron a la mar hacia los asentamientos del Oeste y desde allí hacia la isla del Oso. Después de haber abandonado esta isla, navegaron dos días y dos noches hacia el Sur. Entonces descubrieron una tierra. Descendieron en su barca para ir a explorar el país. Descubrieron allí grandes piedras planas, muchas de ellas de doce varas de anchura. Se encontraban allí numerosos zorros blancos. Dieron a esta tierra el nombre de Tierra de las Piedras Planas. Habiendo salido de allá, navegaron aún dos días y dos noches, pusieron rumbo no ya al Sur sino al Sudeste y descubrieron una tierra cubierta de bosques y poblada por multitud de animales. Ante ellos se extendía una isla al Sudeste. Mataron allí un oso y la llamaron después isla del Oso, y a la tierra, Tierra de los Bosques. A continuación navegaron hacia el Sur a lo largo de la costa durante largo tiempo y descubrieron un cabo. La tierra se extendía a estribor, bordeaba de playas y de bancos de arena. Remando se dirigieron hacia la costa y descubrieron sobre la península la quilla de un navio y lo denominaron el «cabo de la Quilla». Llamaron a esa ribera «la Sorprendente Ribera», porque el navegante podía seguirla durante mucho tiempo. Más lejos, la costa estaba cortada por bahías. Penetraron con sus navios en una de éstas. El rey Olaf, hijo de Tryggvi, había dado a Leif dos escoceses. El hombre se llamaba Haki y la mujer Hekja. Eran más rápidos que bestias salvajes. Estaban en el barco de Karlsefni. Como se navegaba a lo largo de la Sorprendente Ribera, se dejó a los dos escoceses en tierra y se les rogó que marchasen hacia el interior de las tierras en dirección Sur, para ver lo que valía el suelo y que regresasen al cabo de tres días, lo más tarde. Llevaban la ropa que ellos llamaban kjafal. He aquí cómo estaba confeccionada esta ropa. Arriba llevaba una capucha, se encontraba abierta a los lados, no tenía mangas, estaba sujeto entre las piernas mediante un botón y un lazo y, por lo demás, ambos estaban desnudos. Entonces se les esperó sobre el propio terreno durante algún tiempo. Cuando regresaron, el hombre tenía en la mano un racimo de uva, y la mujer una espiga de trigo silvestre. Ambos subieron de nuevo a su navio. Se reemprendió la navegación. Entraron después en un fiordo. A la entrada del mismo se extendía una isla que bañaba fuertes corrientes. La llamaron isla de las Corrientes. Había en ella muchos patos de flojel y había que tener cuidado para no caminar sobre los huevos puestos. Llamaron a este fiordo el de las Corrientes. Descargaron los navios y establecieron su campamento en este lugar. Habían llevado con ellos animales de toda clase. El país era bello y no tenían otra preo-ocupación más que explorar la comarca. Pasaron allí el invierno y no habían hecho provisiones durante el verano. Cazando no se lograba ya nada y los víveres comenzaron a escasear. Thorall el cazador desapareció entonces. Antes habían implorado a Dios que les enviase víveres, pero pese a ello las cosas no iban tan rápidas como habría sido necesario. Durante tres días y tres noches buscaron a Thorall. Después le descubrieron tumbado en lo alto de una roca. Miraba al cielo, con la boca abierta, la nariz al viento y murmuraba algo. Le preguntaron por qué había ido allí. El declaró que esto no les importaba en absoluto. Le

rogaron que volviese con ellos y lo hizo. Un poco más tarde, una ballena vino a varar a la costa. Fueron a examinarla y la despedazaron. Nadie sabía qué clase de ballena era. Cuando los cocineros prepararon los trozos, los comieron y después todos sufrieron graves enfermedades. Thorall gritó: «¿No ha mostrado Barbarroja * su superioridad sobre vuestro Cristo? He aquí lo que he logrado por los poemas que he compuesto en honor de Thor, mi protector. Rara vez me ha abandonado en dificultades.» Y cuando los hombres fueron puestos al corriente de esas palabras, arrojaron toda la ballena al mar y se encomendaron a Dios. El tiempo mejoró, pudieron salir a la mar y no dejaron de hacer buenas capturas, tanto en la caza en tierra como en los campos de huevos de la isla y en el mar cuando pescaban.

* *Sobrenombre del dios Thor.*

IX

Se señala que Thorall el cazador quiso poner rumbo hacia el Norte, a lo largo de la sorprendente Ribera, y doblar el cabo de la Quilla para ir a la búsqueda de la Tierra del Vino, mientras que Karl-sefni quería poner rumbo hacia el Sur, a lo largo de la costa. Thorall hizo sus preparativos al amparo de la isla. No tuvo más que nueve hombres para acompañarle y todo el resto del grupo partió con Karlsefni. Y como Thorall llevaba agua a bordo, bebió y dijo estos versos:

«Los árboles del *thing* de las armas (los hombres) han dicho, cuando he venido aquí, que tendría la mejor bebida. Pero es bueno ijue yo dirija a ese país públicamente una censura: el Tyr del sombrero de Odín (el valiente) está obligado a llevar él cubo, pero ha sido preciso que me acerque hasta la fuente; el vino no ha venido a mojar mis labios.»

Y cuando estuvieron dispuestos, izaron la vela. Thorall dijo entonces:

«Partamos para encontrar de nuevo a nuestros compatriotas, que el corcel del cielo de las arenas (el barco) explore el largo camino de los navios mientras que, todos felices, los que se arriesgan en la tempestad de las espadas, ya que se complacen en alabar este país, permanezcan ahí y hagan cocinar la ballena en la Sorprendente Ribera.»

Después navegaron hacia el Norte, a lo largo de la Sorprendente Ribera. Doblaron el cabo de la Quilla. Querían continuar su rumbo en dirección al Oeste. Encontraron entonces vientos del Oeste y fueron desviados hacia Irlanda, donde fueron maltratados y reducidos a la esclavitud. Thorall perdió allí la vida, según los informes de los mercaderes.

X

Ahora es preciso señalar que Karlsefni puso rumbo hacia el Sur bordeando la costa, en compañía de Snorri, Bjarni y todas sus gentes. Navegaron largo tiempo hasta el momento en que encontraron un río que bajaba de las alturas y que formaba un lago antes de desembocar en el mar. Había allí grandes bancos de arena. No se podía entrar en el río más que con pleamar. Karlsefni y sus compañeros penetraron en la desembocadura y la llamaron la Bahía. Hallaron en esta tierra campos de trigo silvestre en las regiones bajas y viñas en todas las alturas. Todos los arroyos rebosaban de peces. Hicieron agujeros en el lugar donde se unían la tierra y el mar y donde la marea subía más alto. Cuando el mar se había retirado se encontraban platijas en los agujeros. Los bosques estaban llenos de animales de pluma y de pelo. Permanecieron allí una quincena. Tenían allí una existencia placentera y nada hallaban que les pudiese inquietar. Su ganado estaba con ellos. Y una mañana temprano, cuando observaban a su alrededor, vieron a un gran número de kayaks y, sobre ellos, hombres que agitaban varas. Se oía un ruido semejante al que hacen las plagas de langosta, y todas esas varas se movían en la misma dirección, de Este a Oeste. Karlsefni dijo entonces: «¿Qué

significa esto?» Snorri, hijo de Thorbrand, le respondió: «Puede que esto sea un signo de paz. Tomemos nuestro escudo blanco y enarbolémoslo para salir a su encuentro.» Es lo que hicieron. Entonces los otros remaron hacia ellos. Contemplaron con asombro a quienes estaban ante ellos y desembarcaron en la orilla. Eran hombres negros y de aspecto enclenque, sus cabellos eran feos, tenían grandes ojos y anchos pómulos. Permanecieron allí por algún tiempo contemplando con asombro a los hombres que tenían ante sí. Después partieron de nuevo remando y doblaron el cabo, dirigiéndose hacia el Sur. Karlsefni y sus gentes habían establecido su campamento en las alturas dominando el lago, y algunas cabanas estaban cerca del mismo, mientras que otras se hallaban más alejadas. Pasaron entonces el invierno en este lugar. No cayó nieve y todo el ganado pudo alimentarse al aire libre en los pastizales.

XI

A principios de la primavera vieron un día, temprano, un gran número de kayaks doblando el cabo, viniendo del Sur. Había tantos que la bahía parecía como sembrada de trozos de carbón. Todos agitaban también varas sobre sus barcas. Karlsefni y sus gentes blandieron entonces sus escudos y, cuando se encontraron, entablaron operaciones de trueque. Lo que esas gentes querían tener sobre todo era tela roja. Ofrecían darles a cambio pieles y abrigos de piel todos grises. También querían comprar espadas y venablos, pero Karlsefni y Snorri se negaron a venderlo. Estos skraelings recibían un trozo de tela de un palmo de largo a cambio de una piel aún fresca, y lo anudaban alrededor de su cabeza. Este mercado duró así algún tiempo. Entre los compañeros de Karlsefni, esa tela comenzaba a escasear y la cortaban en trozos tan pequeños que no superaban un dedo de ancho, y los skraelings daban siempre lo mismo a cambio e incluso más que antes. Sucedió entonces que un toro que pertenecía a Karlsefni salió del bosque y se puso a mugir. Presas de pánico, los skraelings se embarcaron en sus canoas, partieron remando y, bordeando la costa, pusieron rumbo hacia el Sur. Durante tres semanas, los skraelings no se presentaron más. Después, los compañeros de Karlsefni vieron llegar del Sur las canoas de los skraelings en tan gran número que formaban como un río. Todas las varas se movían en la misma dirección, de Oeste a Este * y todos lanzaban fuertes gritos. Karlsefni y sus compañeros tomaron entonces su escudo rojo y lo blandieron para salir a su encuentro. Los skraelings descendieron de prisa de sus embarcaciones, los adversarios se lanzaron unos contra otros y comenzaron a batirse. Los proyectiles caían copiosamente como granizo, pues los skraelings estaban armados con hondas de guerra **. Karlsefni y sus compañeros vieron que los skraelings colocaban en la punta de una vara una bola muy gruesa casi tan ancha como la panza de un carnero y toda negra de color, y la lanzaban desde lo alto de la vara sobre tierra firme y por encima de Karlsefni y de sus compañeros. Al caer hacía un ruido espantoso. A este ruido, Karlsefni y su tropa fueron presas de gran terror y ya no tuvieron más deseo que huir y buscar refugio remontando el río, pues les parecía que las fuerzas de los skraelings convergían de todas partes sobre su tropa y no tuvieron momento de respiro, antes de haber encontrado algunas rocas escarpadas sobre las que resistieron encarnizadamente. Freydis pasaba por allí, vio a los compañeros de Karlsefni que intentaban salvarse y gritó: «¿Por qué huís ante esos hombres esmirriados, mientras que soldados tan valerosos como sois deberían abatirlos como ganado? Y creo realmente que si tuviese armas me batiría mejor que alguno de vosotros.» No prestaron atención alguna a sus paábras. Freydis quiso seguirles pero se dejó adelantar, pues estaba embarazada. Caminaba detrás de ellos en el bosque cuando los skraelings se pusieron a seguirla. Ella encontró ante sí un guerrero muerto. Era Thorbrand, hijo de Snorri, y una piedra plana le había entrado en la cabeza. Su espada desenvainada estaba colocada a su lado. La tomó y se preparó a defenderse. Los skraelings avanzaron hacia ella, que desnudó

entonces su pecho e hizo sonar contra sus senos la hoja de su espada. Este gesto asustó a los skraelings, que huyeron a todo correr hacia sus barcas y se alejaron a fuerza de remos. Karlsefni y sus hombres fueron al encuentro de Freydis y la felicitaron. Del lado de Karlsefni dos hombres habían muerto; del de los skraelings, una multitud. Karlsefni y sus compañeros habían retrocedido ante el número de sus adversarios. Regresaron a sus cabanas y curaron sus heridas. Se esforzaron en calcular las fuerzas que habían bajado de las alturas de los alrededores para atacarles. Les pareció entonces que no había más que un solo grupo, el que había desembarcado de las canoas. En cuanto a los otros, un espejismo había debido hacérselos ver. Los skraelings encontraron también un guerrero muerto. Un hacha estaba colocada a su lado. Uno de ellos tomó el hacha y se puso a golpear un árbol. Uno tras otro la probaron y les pareció que era un objeto de gran valor y que cortaba bien. Un skraeling tomó después el hacha y golpeó una piedra, de suerte que aquella se rompió. Pensaron entonces que era un instrumento sin utilidad, ya que no era lo bastante resistente para golpear la piedra, y lo tiraron.

Karlsefni y sus compañeros creyeron haber comprobado que en ese país, donde sin embargo se hallaban buenas tierras, constantemente tendrían que temer la hostilidad de sus primitivos ocupantes. Hicieron entonces sus preparativos de partida, pusieron rumbo al Norte bordeando la costa y encontraron a cinco skraelings vestidos con pieles, dormidos al borde del mar. Con ellos tenían cajas que contenían una mezcla de sangre y de tuétano de animales. Karlsefni y sus compañeros creyeron comprender que estos hombres habían sido expulsados de su país y entonces los mataron.

Karlsefni y sus compañeros descubrieron después una península donde vivían animales en gran número y que parecía no formar ya más que una gran costra de estiércol, pues allá el ganado pasaba la noche fuera. Karlsefni y los suyos entraron de nuevo entonces en el fiordo de las Corrientes y allí encontraron en abundancia todo aquello que necesitaban. Algunos cuentan que Bjarni y Gudrid se habían quedado allí después en compañía de cien hombres y que no habían continuado más lejos su marcha, mientras que Karlsefni y Snorri habían tomado la dirección del Sur en compañía de cuarenta hombres, que pasaron dos meses como mucho en la Bahía y que habían vuelto el mismo verano. Karlsefni partió con un solo barco para buscar a Thorall el cazador. Otro grupo le siguió. Tomaron rumbo hacia el Norte, doblaron el cabo de la Quilla, se dejaron llevar hacia el Oeste y tenían la tierra a babor. A lo largo de la costa no había más que bosques y en casi ninguna parte se veían claros o calveros. Después de haber navegado largo tiempo encontraron un río que fluía del Este a Oeste, penetraron en su estuario y después fondearon cerca de la ribera meridional.

** Los skraelings agitan sus varas en el sentido contrario al de la marcha del Sol; es un signo de guerra ya que, en su anterior visita a Karlsefni, las agitaban en sentido opuesto para manifestar sus intenciones pacíficas. En cuanto a los hombres de Karlsefni, en vez de los pacíficos escudos blancos de los días de paz llevan, en señal de guerra, su escudo rojo, como se verá un poco más adelante.*

*** Especie de catapultas.*

XII

Una mañana, Karlsefni y sus compañeros vieron en el extremo del calvero una mancha que brillaba ante ellos y lanzaron gritos de asombro. Esta mancha se movía y era un unípede. Bajaba por la orilla del río, cerca de la cual habían anclado. Thorvald, hijo de Erik el Rojo, estaba agarrado al timón y el unípedo le disparó una flecha al vientre. Thorvald arrancó la flecha y dijo: «Hay grasa en mis entrañas. Hemos tomado buenas tierras para establecernos ahí pero apenas podremos sacar provecho de ello.» Thorvald murió de su herida un poco más tarde. El unípedo se escapó y tomó el camino del Sur. Karlsefni y sus compañeros partieron en su persecución y por momentos pudieron verle. Cuando le vieron por última vez, corría a

lo largo de una bahía. Karlsefni y sus compañeros regresaron. Entonces alguien entonó esta canción:

«Unos hombres perseguían —es la pura verdad— a un unípedo desde arriba hacia la ribera, pero el ser sorprendente se afanaba en correr rápido entre los hoyos y los obstáculos: ¡escucha, Karlsefni!»

Partieron de nuevo entonces, con rumbo Norte. Regresaron y creyeron ver la Tierra de los Unípedes. No querían arriesgarse a ir más lejos con sus compañeros. Les pareció reconocer que los montes que bordeaban la Bahía y los que encontraban entonces no formaban más que una sola e idéntica cadena, que las correspondencias eran muy claras y que, como estas montañas estaban enfrente, se hallaban por tanto a igual distancia del fiordo de las Corrientes.

Pasaron allí un tercer invierno. Los hombres se agruparon en facciones. Discutieron a causa de las mujeres y los que estaban solteros buscaban pendencia con los casados. De ello resultaron los más graves desórdenes. Snorri, hijo de Karlsefni, había nacido el primer otoño y tenía tres años cuando partieron de nuevo.

Cuando se hicieron a la mar y se alejaron de Vinland, los vientos del Sur les arrastraron y llegaron a la tierra de los bosques. Encontraron allí cinco skraelings, uno de ellos barbudo. Con ellos, dos mujeres y dos niños. Karlsefni y sus compañeros tomaron a los dos muchachos. Los otros skraelings se escaparon y desaparecieron bajo tierra. Los compañeros de Karlsefni llevaron consigo a los dos muchachos. Les enseñaron su idioma y los bautizaron. Su madre se llamaba Vethild y su padre Ovaegir. Decían que unos reyes gobernaban a los skraelings. Uno de aquéllos se llamaba Avaldamon y otro Aval-didida. Decían que no había casas en su país. Las gentes dormían en cavernas o en agujeros. Decían que del otro lado existía un país frente al suyo y los hombres que lo habitaban estaban vestidos con ropas blancas, llevaban delante de ellos varas a las que estaban atadas banderas y cantaban fuerte. Se piensa que se trataba del país de los Hombres Blancos, o Gran Irlanda. Después, partieron hacia Groenlandia y pasaron allí el invierno con Erik.

XIII

El viento empujó entonces a Bjarni, hijo de Grimolf, y a sus compañeros hacia el mar de Irlanda y cayeron en parajes infestados de gusanos marinos. Roído por éstos, su navio estaba a punto de zozobrar. Con ellos tenían una embarcación recubierta de una capa de grasa de foca y los gusanos no atacaban la madera así protegida. Subieron en esta embarcación y se dieron cuenta que no cabían todos. Dijo entonces Bjarni: «Ya que la embarcación no puede llevar a más de la mitad de nuestros hombres es necesario, a mi parecer, que se eche a suertes para saber quién subirá en la embarcación, pues la elección no debe hacerse por la estima que cada uno goce.» Todos juzgaron tan generosas estas disposiciones que ninguno halló nada que decir. Hicieron como Bjarni había sugerido y se echó a suertes. Bjarni logró salir elegido para viajar en la embarcación y con él la mitad de la tripulación, ya que aquella no podía llevar a más. Cuando montaron en ella, un islandés que se había quedado en el navio y que había seguido a Bjarni desde su partida de Islandia, dijo entonces: «¿Tienes la intención de abandonarme aquí, Bjarni?» Este respondió: «Es preciso realmente ahora.» El islandés replicó: «Esto no se parece al compromiso que habías establecido con mi padre cuando dejé Islandia contigo. No hablabas de separarte así de mí. Decías entonces que compartiríamos la misma suerte.» Bjarni respondió: «No será ya de ese modo. Abandona, pues, tu lugar, y baja a la embarcación. Subiré yo al barco, ya que veo que tanto estimas la vida.» Bjarni subió al barco y ese hombre ocupó su lugar en la embarcación. Los hombres de la misma continuaron su viaje hasta que llegaron a Dublín en Irlanda y allí dieron a conocer estas noticias. La mayoría de las gentes estiman que Bjarni y los hombres que estaban con él en el barco han

debido perecer en el mar de los gusanos ya que, posteriormente, jamás se oyó hablar de ellos.

XIV

El segundo verano siguiente, Karlsefni puso rumbo a Islandia en compañía de Gudrid y volvió a su casa en Reynines. Su madre opinaba que había hecho una elección bien modesta y no apareció por la casa durante el primer invierno. Pero cuando hubo comprobado que Gudrid era una mujer cabal, regresó a la casa y todos juntos se llevaron bien.

Snorri, hijo de Karlsefni, tuvo como hija a Hallfrid, madre del obispo Thorlak, hijo de Runolf. Tuvieron un hijo llamado Thorbjörn. Su hija se llamaba Thorin, madre del obispo Björn. El hijo de Snorri, hijo de Karlsefni, se llamaba Thorgeirr. Era el padre de Yngvild, madre del obispo Brand el viejo *.

Y así termina esta saga.

** Brand, hijo de Saemund, obispo de Holar de 1163 a 1201.*

EL RELATO DE LOS GROENLANDESES

I

Un hombre se llamaba Thorvald. Era hijo de Asvald, hijo de Ulf, hijo de Thorir de los bueyes. Habiéndose hecho culpables de crímenes, Thorvald y Erik el Rojo, su hijo, abandonaron Jaederen para ir a Islandia. En esa época, Islandia había sido ampliamente colonizada. Se establecieron primero en las Rocas Puntiagudas, sobre la ribera del cabo Horn. Es allí donde murió Thorvald. Erik se casó con Thjodhild, hija de Jörund, hijo de Ulf y de Thorbjörn pecho de barco, y que tenía entonces como esposo a Thorbjörn del valle del Halcón. Erik se puso en camino hacia el Sur y fue a vivir en el caserío de Erik, cerca del recodo del Río. El hijo de Erik y de Thjodhild se llamaba Leif. Y después del asesinato de Eyolf, del pantano, y de Hrafn, el hombre, en duelo, Erik fue expulsado del valle del Halcón. Partió entonces en dirección Oeste, hacia el fiordo Ancho y fue a vivir al caserío de Erik en la isla de los Bueyes. Prestó a Thorgest, de la Gran Morada, las vigas de su tarima y no logró que se las devolviesen cuando las reclamó. De ello resultaron disputas y riñas con Thorgest y con sus partidarios que nos son narradas en la Saga de Erik. Styr, hijo de Thorgrim, tomó partido por Erik contra Eyolf, de la isla de los Cerdos, los hijos de Thorbrand, del fiordo de los Cisnes, y Thorbjörn, hijo de Vifil. Y Thorgest estaba apoyado por los hijos de Thordis el vocinglero y por Thorgeir, del valle de la Garganta. Erik fue puesto fuera de la ley en el thing de la Punta de Thor. Equipó su barco en la bahía de Erik para poder hacerse a la mar. Cuando estuvo preparado, Styr y los suyos le acompañaron hasta más allá de las islas. Erik les dijo que tenía la intención de partir a la búsqueda del país que había visto GunnBjörn, hijo de Ulf el cuervo cuando, desviándose desde Islandia hacia el Oeste, descubrió los peñones de GunnBjörn. Declaró que vendría a ver a sus amigos de nuevo si descubría ese país. Es al pie del glaciar de los montes de las Nieves donde Erik largó amarras. Descubrió el país y amarró en el lugar que llamó Glaciar del Medio y que ahora se llama el Manto Azul. Partió después hacia el Sur a lo largo de la costa para buscar allí tierras habitables. Pasó el primer invierno en la isla de Erik, casi en el centro de los asentamientos del Este. A la primavera siguiente, marchó hacia el fiordo de Erik y estableció allí su residencia. Aquel verano partió hacia el desierto del Oeste y dio nombres a todos los lugares a la redonda. Pasó el segundo invierno en el islote de Erik, cerca del Pico de la Desaparición y, al tercer verano, fue al Norte en la región de los montes de las Nieves y penetró en el fiordo de Hrafn. Declaró entonces que había llegado al fondo del fiordo de Erik. Regresó a continuación y pasó el tercer invierno frente a la boca del fiordo de Erik. Al verano siguiente fue a Islandia y entró con su barco en el fiordo Ancho. Llamó Groenlandia al país que había descubierto, pensando que las gentes estarían muy deseosas de ir allí si el país tenía un bello nombre. Erik pasó el invierno en Islandia y después partió de nuevo al verano siguiente para colonizar el país. Fue a vivir en Cuestaempinada en el fiordo de Erik. Gentes bien informadas dicen que, el mismo verano en que Erik partió para colonizar Groenlandia, veinticinco barcos abandonaron el fiordo Ancho y el de la Colina y que catorce de ellos llegaron a su destino. Algunos dieron media vuelta y otros se perdieron. Esto sucedía quince años antes de que el cristianismo fuese legalmente adoptado en Islandia. Durante ese mismo verano, el obispo Frederik y Thorvald, hijo de Kodran, abandonaron el país.

He aquí los nombres de quienes, habiendo marchado al mismo tiempo que Erik, colonizaron Groenlandia. Eran Herjolf, del fiordo de Herjolf, que vivía en la Punta de Herjolf; Hrafn, del fiordo de Hrafn; Ketil, del fiordo de Ketil; Solví, del fiordo de Solví; Helgi, hijo de Thorbrand, del fiordo de los Cisnes; Thorbjörn el rayo, del fiordo del Mástil; Einar, del fiordo de Einar; Hafgrim, del fiordo de Hafgrim y del caserío del Lago. Arnelaug, del fiordo de Arnelaug, y algunos más partieron hacia los asentamientos del Oeste.

II

Herjolf era hijo de Bard, hijo de Herjold. Era pariente de Ingolf el colono. Ingolf dio a Herjolf y a sus amigos tierras entre la Bahía y la Punta de las Fumarolas. Herjolf fue a vivir al Garrote. Su mujer se llamaba Thorgerd y su hijo Bjarni, que era un muchacho muy prometedor. Desde sus años jóvenes tuvo deseos de viajar al extranjero, ganó en sus viajes mucho dinero y estima y pasaba un invierno de cada dos en el extranjero y el otro junto a su padre. Bjarni fue muy pronto propietario de un navio mercante y, el último invierno que pasó en Noruega, Herjolf se decidió a partir para Groenlandia con Erik el Rojo y abandonó su granja en Islandia. Herjolf tenía consigo a bordo a un hombre originario de las Hébridas que era cristiano y había compuesto el *Himno de las tempestades de la mar* *. Se halla en él este estribillo:

«Te ruego, muy santo Maestro de los monjes, que favorezcas mi viaje; Rey de la alta bóveda que domina esta tierra, extiende sobre mí la sede del halcón» **.

Herjolf se estableció en la Punta de Herjolf. Era un hombre excelente.

Erik el Rojo se estableció en Cuestaempinada. Allí estaba rodeado de la más alta estima y todos le manifestaban su consideración. Leif, Thorvald y Thorstein eran los hijos de Erik. Su hija se llamaba Freydis, estaba casada con un hombre llamado Thorvard y vivían en las Granjas (Gardar) donde hoy día se halla la sede del obispado ***. Era una gran mujer y Thorvard no era más que un hombre de baja condición. Ella le había sido dada en matrimonio porque era rico. En esta época, las gentes eran aún paganas en Groenlandia.

En el transcurso de ese mismo verano, Bjarni llegó con su barco a los arenales de donde su padre había partido en la primavera. Esta noticia le pareció importante y no quiso descargar su navio. Los hombres de la tripulación le preguntaron entonces cuáles eran sus intenciones y les respondió que permanecería fiel a su costumbre e instalaría sus cuarteles de invierno junto a su padre, «y quiero ir a Groenlandia, si aceptáis acompañarme allí». Todos declararon que harían como él había decidido. Bjarni dijo entonces: «Quizá nuestro viaje parecerá irrazonable, ya que ninguno de nosotros ha navegado aún por el mar de Groenlandia.» Y sin embargo, se hicieron a la mar cuando estuvieron preparados y navegaron tres días antes de ver la tierra desaparecer del horizonte, pero entonces fallaron los vientos favorables y el viento del Norte, y después la niebla, les sucedieron y no sabían ya dónde iban. Así ocurrió durante largos días. Después, pudieron ver el Sol y conocieron su rumbo. Izaron la vela y navegaron un día y una noche, hasta el momento en que descubrieron una tierra y se consultaron para saber cuál podía ser. Pero Bjarni declaró que, según él, no debía ser Groenlandia. Preguntaron si él quería desembarcar en esa tierra. Bjarni respondió: «A mi parecer, hay que navegar más cerca de dicha tierra.» Es lo que hicieron y pronto vieron que el país era llano y boscoso. Aquí y allá se descubrían pequeñas colinas. Dejaron la tierra a babor y dirigieron su atención hacia la misma. Después navegaron dos días antes de ver una nueva tierra. Preguntaron si Bjarni creía que esta vez era Groenlandia. El dijo que, en su opinión, esta tierra, al igual que la anterior, no era Groenlandia, «pues, según se dice, en Groenlandia hay grandes glaciares». No tardaron en acercarse a esa tierra. Comprobaron que era llana y boscosa. Los vientos favorables les abandonaron entonces. Los marineros declararon que, en su opinión, sería bueno tocar tierra pero Bjarni no quiso. Pensaban que faltarían la leña y el agua. «No careceréis de ambas», dijo Bjarni. Pero sus hombres no se privaron de manifestarle su reprobación. Les rogó izar la vela, lo que se hizo, y se alejaron de la tierra. Navegaron tres días por alta mar, empujados por un buen viento del Sudoeste y vieron entonces la tercera tierra. Pero ésta era alta, montañosa y cubierta de glaciares. Los marineros preguntaron entonces a Bjarni si tenía la intención de desembarcar allí pero él declaró que no, «pues esta tierra no me parece que ofrezca apenas recursos para nosotros».

No arriaron, por tanto, la vela y, siguiendo a lo largo de la costa, vieron que era una isla. Pusieron entonces rumbo mar adentro, favorecidos por el mismo viento. Pero la tempestad se hizo pronto más fuerte y Bjarni les dijo que tomasen rizos y no izasen más velas que el navio y los cordajes no podían soportar. Vieron entonces la cuarta tierra. Los hombres de la tripulación preguntaron a Bjarni si creía o no que era Groenlandia. Bjarni respondió: «Esta tierra recuerda del todo a Groenlandia, tal como ha sido descrita, y es aquí donde vamos a desembarcar.» Es lo que hicieron. Desembarcaron por la tarde al abrigo de una punta y había una barca cerca de la misma. Y era allí, en esta punta, donde habitaba Herjolf, padre de Bjarni, y a ello debió su nombre, pues fue llamada después Punta de Herjolf. Bjarni fue a casa de su padre, renunció a sus viajes y permaneció junto a Herjolf todo el tiempo que éste vivió y tomó después la sucesión de su padre.

** Este himno pertenece al género llamado drapa. Por lo común, es una composición de tono heroico destinada a cantar las alabanzas de un personaje. Se caracteriza por la presencia de estribillos (stef) en la parte central del poema.*

*** Maestro de los monjes = Cristo. La alta bóveda que domina esta tierra es naturalmente el cielo y su rey es Dios. La sede del halcón es la mano. Extender la mano sobre alguien es protegerle. Cfr. Glosario art. halda.*

**** Gardar, situado al fondo del fiordo de Binar, hoy día llamado por los indígenas Igaliko.*

III

Ahora es preciso señalar que Bjarni, hijo de Herjolf, abandonó Groenlandia para visitar al jarl Erik de Noruega y que éste le dio buena acogida. Bjarni habló de sus viajes y de los países que había visto. Las gentes opinaron que apenas era interesante no tener nada que contar sobre esos países y sufrió algunos reproches. Bjarni formó parte en adelante del séquito del jarl y regresó a Groenlandia al verano siguiente.

En ese tiempo, se hablaba mucho de partir a la búsqueda de nuevas tierras. Leif, hijo de Erik el Rojo, de Cuestaempinada, fue a buscar a Bjarni, hijo de Herjolf, y le compró un barco. Reclutó una tripulación de treinta y cinco hombres. Leif rogó a Erik que aceptase, una vez más *, encargarse de la expedición. Erik intentaba más bien rehusar ese ofrecimiento. Decía que era demasiado anciano y que no podía soportar ya todas las fatigas tan fácilmente como en el pasado. Leif declaró que, aún ahora, de toda la familia era Erik a quien la suerte más favorecía. Y Erik cedió a la invitación de Leif, montó a caballo para abandonar su casa. Cuando hubieron terminado sus preparativos y estaban a punto de llegar al barco, la montura de Erik tropezó y Erik cayó del caballo hiriéndose en un pie. Entonces Erik declaró: «No me será concedida la oportunidad de descubrir otros países más que el que ahora habitamos. No continuaremos juntos este viaje.» Erik regresó a su casa en Cuestaempinada. Leif se embarcó con sus compañeros, en total treinta y cinco hombres. Viajaba con ellos un alemán llamado Tyrkir.

Equiparon entonces su navio y se hicieron a la mar cuando estuvieron preparados. Descubrieron la primera tierra que Bjarni había descubierto en último lugar. Se dirigieron entonces hacia la orilla, lanzaron el ancla, pusieron una embarcación en la mar, desembarcaron y no vieron hierba en lugar alguno. Allá arriba, en el interior del país, todo eran grandes glaciares y, desde éstos hasta el mar, todo parecía no formar más que una sola piedra plana. Les pareció que el país no era fértil. Leif dijo entonces: «No hemos hecho como Bjarni, ya que hemos desembarcado. Ahora voy a dar un nombre a este país. Lo llamaré tierra de las Piedras Planas.» Luego embarcaron de nuevo.

Después de esto se hicieron de nuevo a la mar y encontraron una segunda tierra. Se dirigieron asimismo hacia tierra, lanzaron el ancla, pusieron después una barca en el mar y desembarcaron. Era un país llano y boscoso. Por todas partes no había más que vastas

extensiones de arena blanca. Las costas eran bajas. Leif dijo: «Por la calidad de sus tierras elegiré un nombre para este país. Lo llamaré la tierra de los Bosques.» Embarcaron de nuevo lo más rápido posible.

Se alejaron a continuación de las costas, empujados por el viento Nordeste y estuvieron en la mar dos días y dos noches antes de ver tierra otra vez. Pusieron entonces rumbo a la orilla y encontraron una isla situada al Norte de la tierra firme. Desembarcaron allí y contemplaron todo lo que les rodeaba. El tiempo era bueno. Notaron que la hierba estaba cubierta de rocío y por casualidad se les ocurrió pasar las manos por el mismo y llevarlas a su boca. Les pareció que jamás habían probado nada tan dulce. Volvieron después a su barco y penetraron en el canal que se abría entre la isla y la punta que formaba la tierra firme al Norte. Pusieron rumbo al Oeste y doblaron la punta. Con bajar había bajíos y su navio encalló. Desde el navio la mar parecía estar lejos. Pero se encontraban tan impacientes por desembarcar que no tuvieron la paciencia de esperar a que la marea viniese a levantar su barco y corrieron hacia tierra, a un lugar donde un río desemboca en el mar después de haber atravesado un lago. Y tan pronto como la mar hubo levantado su navio, tomaron su embarcación y volvieron al mismo a fuerza de remos. Con el barco remontaron el río y después penetraron en el lago. Allí anclaron, bajaron a tierra sus hamacas y construyeron cabanas. Después tomaron la decisión de hacer sus preparativos para pasar allí el próximo invierno y edificaron grandes construcciones. Los salmones no faltaban, ni en el río ni en el lago, y eran más gordos que los que estos hombres habían visto hasta entonces. Por lo que parecía, el país era tan rico que en el invierno no debía haber necesidad allí de forraje para el ganado. No helaba en invierno y los pastos seguían siendo siempre muy tupidos. No había menos desigualdad entre el día y la noche que en Groenlandia o en Islandia. El sol brillaba a las nueve de la mañana hasta las tres y media de la tarde en los días más cortos del invierno. Cuando se terminó la construcción de los edificios, Leif dijo a sus compañeros: «Quiero dividir ahora nuestro grupo en dos partes y quiero hacer que se explore el país. Una mitad del grupo se quedará junto a la cabana mientras que la otra mitad explorará el país, pero no deberá ir nunca tan lejos que no pueda regresar a la noche a casa y tampoco deberá dispersarse.» Es lo que hicieron durante algún tiempo. Unas veces Leif partía de expedición y otras se quedaba en la cabana. Leif era alto y fuerte; era un hombre de apariencia imponente, un hombre sagaz y equitativo en todo.

** Ya que había dirigido la expedición que partió a la búsqueda del «país descubierto por Gunnbjörn» y que después debía llamarse Groenlandia.*

IV

Sucedió que una noche faltó un hombre de su grupo y era Tyrkir el alemán. Leif se enfadó mucho por ello, pues Tyrkir había vivido largo tiempo con su padre y con él, y había querido mucho a Leif en su infancia. Leif hizo vivos reproches a sus compañeros y se preparó para partir en su búsqueda en compañía de doce hombres. Apenas habían dejado la cabana cuando Tyrkir llegó a su encuentro y tuvo buena acogida. Leif hizo notar rápidamente que su padre putativo estaba de muy buen humor. Era un hombre de frente prominente, de mirada móvil, insignificante de apariencia, de pequeña estatura y de complexión enclenque, pero muy hábil en todos los trabajos manuales. Leif le dijo: «¿Por qué has tardado tanto, padre putativo mío, y por qué te has separado de tus compañeros?» Habló primero en alemán. Movía los ojos en todos los sentidos y hacía muecas. Los otros no llegaban a comprender lo que decía. Al cabo de algún tiempo, dijo en normánico *: «Yo no había ido más lejos que vosotros dos. Puedo comunicaros una noticia: he hallado viñas y racimos.» «¿Es esto cierto, padre?», dijo Leif. «Bien seguro, es la verdad —dijo él—, pues en el país donde nací apenas faltaban las viñas, no menos que los racimos.» Durmieron toda la noche y a la mañana

siguiente Leif dijo a sus marineros: «Voy a proponeros dos tareas. De cada dos días, uno vendimiaremos y cortaremos sarmientos o talaremos árboles para formar un cargamento para mi navio.» Es lo que se decidió. Según se dice, la barca del navio fue llena de racimos. Se cortó igualmente madera para formar el cargamento del navio. Al llegar la primavera, hicieron sus preparativos y se hicieron a la mar. Leif dio a esta comarca un nombre apropiado a las cualidades del terreno y lo llamó Vinland (tierra del Vino). Pusieron rumbo a alta mar y fueron favorecidos por los vientos hasta el momento en que pudieron ver Groenlandia y sus montañas coronadas de glaciares. Un hombre tomó entonces la palabra y dijo a Leif: «¿Por qué navegas tan rápido llevado por el viento?» Leif respondió: «Me cuido del timón, pero también me fijo en otra cosa. ¿Qué notáis de especial?» Respondieron que nada notaban especialmente importante. «No sé —dijo Leif— si es un barco o un arrecife.» Entonces ellos miraron y dijeron que era esto último. Pero la mirada de Leif era aún más penetrante que la de ellos, de tal manera que distinguía hombres sobre el arrecife. «Quiero ahora —dijo Leif— que crucemos llevados por el viento, de tal modo que podamos socorrer a esas gentes. Si nos necesitan, hay que ayudarles en seguida. Si sus intenciones no son pacíficas, tenemos todas las facilidades para salir del apuro y ellos no.» Avanzaron hasta la base de la roca, arriaron las velas, anclaron y echaron al agua una pequeña barca que habían llevado consigo. Tyrkir preguntó entonces quién mandaba el grupo. El jefe respondió que él se llamaba Thorir y que era originario de Noruega, y preguntó: «¿Pero, cuál es tu nombre?» Leif dijo entonces su nombre. «¿Eres el hijo de Erik el Rojo, de Cuestaempinada?», dijo. Leif respondió que sí. «Y bien —dijo Leif— os ofrezco llevaros en mi barco, a vosotros y a los bienes vuestros que mi navio pueda transportar.» Aceptaron esta oportunidad que se ofrecía, navegaron después hacia el fiordo de Erik con este cargamento y llegaron a Cuestaempinada. Desembarcaron entonces su cargamento. Leif invitó a continuación a Thorir, a Gudrid, mujer de éste, y a otros tres hombres a quedarse en su casa y encontró alojamiento para las tripulaciones, tanto para sus compañeros como para los de Thorir. Leif había salvado a quince hombres en el arrecife. En adelante fue llamado Leif el afortunado. Leif alcanzó entonces riqueza y fama. Aquel invierno, una grave epidemia hizo estragos entre Thorir y sus gentes. Thorir murió por ello, así como un buen número de sus compañeros. También aquel invierno murió Erik el Rojo. Se hablaba mucho del viaje que Leif había hecho a Vinland y Thorvald, su hermano, consideraba que no había explorado bastante ampliamente el país. Leif dijo a Thorvald: «Vete, pues, hermano mío, ya que lo ansias. Pero deseo, no obstante, que el navio vaya primero a cargar la madera que Thorir ha dejado sobre el arrecife.» Así se hizo.

* *Lengua noruega antigua.*

V

Thorvald se preparó para esta expedición ayudado por treinta hombres, guiado por los consejos de Leif, su hermano. Equiparon después su navio y se hicieron a la mar. No se tiene referencia alguna sobre su viaje hasta el momento en que tocaron Vinland cerca de las Chozas de Leif. Pusieron a cubierto su navio y se quedaron allí todo el invierno, alimentándose del producto de su pesca. Y en la primavera, Thorvald declaró que iban a equipar su navio y el barco que remolcaba y que, acompañado por algunos hombres, partiría de exploración más lejos hacia el Oeste, a lo largo de las costas. El país les pareció bello y boscoso, y sólo una estrecha banda de arena blanca se extendía entre el mar y el bosque. Los parajes estaban llenos de islotes y bajíos. No hallaron ni vivienda humana ni animales. Pero en una isla del Oeste descubrieron un almiar de trigo sostenido por maderos. No hallaron

señal alguna de actividad humana, dieron media vuelta y regresaron en otoño a las Chozas de Leif. Y al verano siguiente, Thorvald fue más lejos hacia el Oeste a bordo del navio mercante y subió hacia el Norte a lo largo de la costa. Sucedió que sufrieron un temporal de viento a lo ancho de una punta rocosa y fueron arrojados a la costa. Su quilla se rompió y quedó arrancada y tuvieron que detenerse largo tiempo para reparar su navio. Thorvald dijo entonces a sus compañeros: «Quiero que coloquemos ahora nuestra quilla rota sobre ese cabo y que lo llamemos el cabo de la Quilla.» Así se hizo. Partieron de nuevo hacia el Este siguiendo la costa, penetraron entonces en la entrada del primer fiordo que se presentó ante ellos y tocaron una punta que sobresalía en el fiordo. Estaba enteramente cubierta de bosque. Fondearon en este lugar, lanzaron hacia tierra la pasarela y Thorvald bajó a tierra con todos sus compañeros. Dijo entonces: «Este país es bello y es aquí donde me gustaría crear una granja.» Volvieron al barco y distinguieron tres montículos sobre la orilla más allá de la punta hacia el interior. Se acercaron allí y vieron tres kayaks y tres hombres bajo cada uno de ellos *. Distribuyeron su grupo y atraparon a todos estos hombres con excepción de uno solo que escapó en su canoa. Mataron a los otros ocho. Volvieron después a la punta y miraron alrededor. Distinguieron algunos montículos y supusieron que eran viviendas. Sintieron después una gana tan intensa de dormir que no pudieron mantenerse despiertos y todos se ador mecieron. Entonces una voz se hizo oír sobre ellos, tan fuerte que todos se despertaron. He aquí lo que decía esta voz: «Despiértate, Thorvald, así como todos tus compañeros, si quieres permanecer con vida. Sube a tu barco con todos tus hombres y abandona el país lo más rápido posible.» Del interior del fiordo, innumerables canoas llegaban hacia ellos y les atacaban. Thorvald dijo entonces: «Levantemos una muralla de madera alrededor del navio y defendámonos lo mejor que podamos, pero evitemos atacar.» Es lo que hicieron, pero los skraelings dispararon sobre ellos durante algún tiempo y después huyeron todos tan rápido como pudieron. Thorvald preguntó a sus hombres si habían sufrido heridas y ellos dijeron que no. Thorvald dijo: «Me han herido bajo el brazo y la flecha ha pasado entre la borda y mi escudo. He aquí la flecha y creo que será causa de mi muerte. Os aconsejo tomar el camino de regreso tan rápido como sea posible. Me llevaréis sobre esta punta donde me parecía que sería tan favorable instalarse. Sin duda, era verdad lo que salía de mi boca cuando yo decía que viviría allí algún día. Enterradme allí, plantad una cruz sobre mi cabeza y otra sobre mis pies, y esta punta se llamará siempre en adelante Punta de la Cruz.» Groenlandia había sido convertida al cristianismo pero Erik el Rojo había muerto antes de la adopción del cristianismo. Ahora era Thorvald quien moría y cumplieron enteramente los deseos que él había expresado. Después partieron y se encontraron de nuevo con sus compañeros. Se contaron unos a otros todo lo que sabían de nuevo y pasaron el invierno en ese lugar. Reunieron racimos y cepas para cargar con ellos su barco. Después, al llegar la primavera, se prepararon para regresar a Groenlandia. Volvieron en su navio hasta el fiordo de Erik y pudieron contar a Leif muchas noticias.

** Jacques Cartier narra asimismo haber encontrado en Norteamérica cierto poblado de indígenas que no poseían más vivienda que su kayak, al que daban la vuelta de noche sobre ellos para dormir allí.*

VI

Durante ese tiempo había ocurrido en Groenlandia que Thorstein, del fiordo de Erik, se había casado y había tomado como mujer a Gudrid, hija de Thorbjörn, que anteriormente había tenido como marido a Thorir el noruego, de quien se ha hablado antes.

Thorstein, hijo de Erik, sintió entonces el deseo de partir para Vinland e ir a buscar el cuerpo de Thorvald, su hermano. Equipó el mismo navio y escogió hombres altos y fuertes para

formar su tripulación. Llevó consigo a veinticinco de ellos y tomó también a Gudrid, su esposa. Cuando estuvieron dispuestos, se hicieron a la mar y perdieron de vista la tierra. Vagaron todo el verano por el mar, ignorando por completo dónde podían hallarse. Y, a finales de la primera semana de invierno, tocaron Groenlandia en el fiordo del Bacalao, en los asentamientos del Oeste. Thorstein partió para buscar cuarteles de invierno, halló donde albergar a todos sus marineros, pero su mujer y él estaban sin cobijo. Regresaron al navio y pasaron allí algunas noches. El cristianismo era joven aún en Groenlandia. Un día, se presentaron muy de mañana hombres ante su tienda y su jefe preguntó cuántas personas había allí. Thorstein respondió: «Dos. ¿Quién me hace, pues, esta pregunta?» «Me llamo Thorstein, se me apoda Thorstein el negro. He aquí lo que traigo: vengo a ofreceros, a tu esposa y a ti, albergaros en mi casa.» Thorstein dijo que deseaba pedir el parecer de su mujer, quien le rogó que tomase él mismo la decisión y él aceptó el ofrecimiento. «Vendré a buscaros mañana con mi carreta, pues tendré todo lo que es preciso para alojaros, pero si os quedáis en mi casa os hallaréis en un gran aislamiento. Vivimos solos, mi mujer y yo. Soy un hombre de ideas muy atrasadas. Tampoco tengo la misma religión que vosotros. Sin embargo, creo que la vuestra es mejor.» Vino a buscarles al día siguiente por la mañana con la carreta y partieron en compañía de Thorstein el negro hacia su morada, y les trató bien. Gudrid era una mujer de bella prestancia e inteligente. Hacía muy buenas migas para vivir con desconocidos.

A comienzos del invierno, una epidemia asoló la tripulación de Thorstein, hijo de Erik, y muchos de sus compañeros murieron por ello. Thorstein hizo fabricar féretros para colocar en ellos los cuerpos y los hizo llevar al barco, en donde fueron depositados, «pues tengo la intención de hacer transportar este verano todos los cuerpos al fiordo de Erik». La enfermedad apenas tardó en llegar al hogar de Thorstein el negro. Afectó primero a su esposa, llamada Grimhild. Era una mujer de gran estatura, fuerte como un hombre y, sin embargo, la enfermedad la fulminó. Poco después Thorstein, hijo de Erik, fue afectado a su vez y ambos guardaron cama al mismo tiempo, y Grimhild, mujer de Thorstein el negro, murió. Cuando estuvo muerta, Thorstein salió de la habitación para ir a buscar una tabla sobre la que se colocaría el cuerpo. Gudrid se puso entonces a hablar: «No permanezcas mucho tiempo fuera, mi Thorstein», dijo ella. El prometió no entretenerse. Thorstein, hijo de Erik, dijo entonces: «Nuestro huésped se comporta de manera extraña. Se levanta apoyándose en los codos, extiende los pies fuera de los largueros de la cama y tantea para buscar su calzado.» En esto el señor Thorstein volvió a la habitación y Grimhild se volvió a colocar cuan larga era en el lecho y todas las vigas de la habitación se pusieron a crujiir. Thorstein hizo un féretro para el cuerpo de Grimhild, lo llevó y lo enterró. El era un hombre grande y fuerte y, sin embargo, apenas pudo con toda su fuerza llevarlo fuera de la granja. La enfermedad de Thorstein, hijo de Erik, empeoró y él murió. Gudrid, su mujer, se apenó mucho por ello. Estaban entonces reunidos todos en la habitación. Gudrid estaba sentada en una silla ante el banco donde había reposado su marido Thorstein. Entonces, el señor Thorstein la tomó en sus brazos y le hizo dejar su asiento. Se sentó con ella en otro banco frente al cuerpo de Thorstein, intentó consolarla de todas las maneras, le prometió que partiría con ella hacia el fiordo de Erik y que transportaría el cuerpo de Thorstein, su marido, y los de sus compañeros. «Contrataré —dijo él— y llevaré allá una servidumbre más numerosa para reconfortarte y distraerte.» Ella le dio gracias. Thorstein, hijo de Erik, se levantó entonces sobre su banco y dijo: «¿Dónde está Gudrid?» Por tres veces repitió estas palabras, pero ella guardaba silencio y dijo entonces al señor Thorstein: «¿Debo responder o no a sus palabras?» El la rogó que no lo hiciese. El señor Thorstein cruzó la habitación y se sentó en la silla y Gudrid se colocó sobre sus rodillas. Y entonces el señor Thorstein respondió: «¿Qué quieres, mi tocayo?» Al cabo de algunos instantes él respondió: «Tengo el deseo muy vivo de predecir a Gudrid su destino, para que acepte más fácilmente mi muerte,

pues he hallado el lugar para un descanso feliz. Y es preciso que te diga, Gudrid, que te casarás con un islandés y viviréis juntos largo tiempo. De vosotros saldrá una descendencia numerosa, robusta, brillante e ilustre, dulce y afable. Abandonaréis Groenlandia para ir a Noruega y desde allí partiréis para Islandia, y allí crearéis una granja. Lo explotareis largo tiempo ambos, pero tú vivirás más que él. Después, te marcharás, irás a Roma en peregrinación, regresarás a tu granja en Islandia, harás construir allí una iglesia, tomarás los hábitos y allí morirás» *. Entonces, Thorstein se derrumbó de nuevo. Su cuerpo fue ataviado y llevado al navio.

El señor Thorstein cumplió fielmente todas las promesas que había hecho a Gudrid. En la primavera vendió su tierra y su ganado, se embarcó llevando consigo a Gudrid y, tomando sus bienes, reunió una tripulación y partió a continuación para el fiordo de Erik. Los cuerpos fueron enterrados entonces cerca de la iglesia. Gudrid encontró a Leif en Cues-taempinada y Thorstein el negro construyó una granja cerca del fiordo de Erik. La explotó hasta el final de sus días. Pasaba por ser un hombre de gran valor.

** En el Relato, como en la Saga, la escena de la aparición lleva a una predicción que gira en torno a la gloria de Gudrid.*

VII

El mismo verano un navio abandonó Noruega para ir a Groenlandia. Tenía como capitán a un hombre que se llamaba Thorfin Karlsefni. Era hijo de Thord cabeza de caballo, hijo de Snorri, hijo de Thord, del Cabo. Thorfin Karlsefni era un hombre muy rico. Pasó el invierno en Cuestaempinada, junto a Leif, hijo de Erik. Pronto se prendó de Gudrid y le pidió su mano. Pero ella encargó a Leif para responder en su lugar. Después ella se casó con Thorfin Karlsefni y sus esponsales fueron celebrados en ese mismo invierno.

Se hablaba siempre mucho del viaje hacia Vinland, y Karlsefni se veía presionado a intentar el viaje tanto por Gudrid como por otras personas. Se decidió a partir y reclutó una tripulación para el navio, sesenta hombres y cinco mujeres. Karlsefni y sus compañeros establecieron un acuerdo estipulando que todo lo que iban a lograr sería repartido entre ellos a partes iguales. Llevaron consigo toda clase de ganado, pues tenían la intención de colonizar el país, si ello era posible. Karlsefni pidió a Leif que le cediese sus cabanas en Vinland. Pero Leif declaró que se las prestaría pero no se las daría. Después se hicieron a la mar, llegaron sanos y salvos a las Chozas de Leif y llevaron a tierra sus hamacas. Pronto tuvieron la ocasión de lograr abundantes y excelentes provisiones, pues una gruesa y enorme ballena había venido a encallar en la orilla. Se pusieron manos a la obra y la despedazaron. Desde entonces no les faltó alimento. El ganado penetró al interior de las tierras y las bestias no tardaron en desatarse y causar molestias. Habían llevado consigo un toro. Karlsefni hizo talar y partir madera para formar el cargamento de su navio y lo colocó sobre un espolón rocoso para que se secase. Todos se beneficiaron de los magníficos recursos que ofrecía el país, tales como uva, caza y otro víveres de calidad.

Después de este primer invierno vino el verano. Entonces descubrieron a los skraelings, un gran grupo de hombres surgidos del bosque. El ganado de Karlsefni se hallaba en las cercanías. El toro se puso a mugir muy fuerte. Los skraelings se asustaron y huyeron llevando su cargamento de petigrís, martas cibelinas y otras pieles. Se dirigieron hacia la granja de Karlsefni y quisieron entrar en las edificaciones pero Karlsefni hizo atrancar las puertas. Ni unos ni otros llegaban a comprender el idioma de sus interlocutores. Los skraelings depositaron entonces sus fardos de mercancías, los abrieron y se los ofrecieron. Deseaban sobre todo tener armas a cambio, pero Karlsefni prohibió que se las vendiesen. Utilizó entonces un truco. He aquí lo que hizo: pidió a las mujeres que le trajesen leche.

Cuando los skraelings la vieron, quisieron comprarla y no quisieron ninguna otra cosa. Así terminó la expedición comercial emprendida por los skraelings. Llevaron en sus vientres la mercancía que habían adquirido mediante trueque, mientras que Karlsefni y sus compañeros guardaban los fardos de pieles. Acabado el trueque se marcharon. Ahora es preciso indicar que Karlsefni hizo levantar un sólido muro alrededor de su granja y que él y los suyos se instalaron dentro de ella. En aquel tiempo Gudrid, mujer de Karlsefni, dio a luz un niño que recibió el nombre de Snorri. Al comienzo del segundo invierno, los skraelings regresaron para verles de nuevo. Eran mucho más numerosos y ofrecían la misma mercancía que la vez primera. Karlsefni dijo a las mujeres:

«Traedles el mismo alimento que tanto les había gustado la vez primera pero no les deis nada más.» Al verlo, los skraelings arrojaron sus fardos de mercancías por encima del muro. Gudrid estaba sentada en el umbral de la puerta cerca de la cuna de su hijo Snorri. Una sombra se deslizó entonces hacia la puerta y entró una mujer. Era de estatura bastante pequeña, un manto de paño negro la envolvía. Tenía ojos castaños claros, llevaba una cinta alrededor de la cabeza, tenía la tez pálida y sus ojos eran tan grandes que jamás se había visto parecidos en una cabeza humana. Se acercó al lugar donde Gudrid estaba sentada y dijo: «¿Cómo te llamas?» «Me llamo Gudrid pero, ¿cuál es, pues, tu nombre?» «¡Me llamo Gudrid!», dijo ella. Entonces Gudrid, la dueña de la casa, le tendió la mano y la invitó a sentarse cerca de ella. Pero en el mismo instante sucedió que Gudrid escuchó un gran estrépito y, en esto, un skraeling fue muerto por uno de los compañeros de Karlsefni porque había querido arrebatarle sus armas. Los skraelings partieron con gran rapidez, abandonando sus vestidos y sus mercancías. Nadie había visto a esta mujer, a no ser Gudrid. «Ahora va a ser preciso que adoptemos un plan —dijo Karlsefni—, pues creo que van a hacernos una tercera visita, pero esta vez nos traerán la guerra y vendrán en gran número. He aquí lo que vamos a hacer: diez hombres avanzarán hasta ese promontorio y se mostrarán allí; el resto del grupo se meterá en el bosque, talará árboles con el fin de crear un claro donde pondremos nuestro ganado para el momento en que la tropa enemiga surja del bosque. Llevemos también con nosotros a nuestro toro y hagámosle avanzar delante de nosotros.» Según las disposiciones tomadas, debían encontrarse en un lugar situado entre la orilla de un lago y el lindero del bosque. Se actuó, por tanto, según los consejos de Karlsefni. Los skraelings llegaron entonces al lugar que Karlsefni había escogido como campo de batalla. El combate tuvo lugar y muchos hombres cayeron del lado de los skraelings. En el grupo de éstos había un hombre alto y bello y le pareció a Karlsefni que debía ser el jefe. Ahora bien, uno de estos skraelings había tomado un hacha, la miró por un tiempo, y después la blandió sobre uno de sus compañeros y le golpeó con ella. El skraeling cayó muerto sobre el terreno. Entonces, el gran skraeling tomó el hacha, la miró un instante y la tiró después en el lago lo más lejos que pudo. Pero a continuación los skraelings huyeron a todo correr al bosque y así terminaron las peleas de ambos bandos. Karlsefni y sus compañeros pasaron allí ese invierno entero. Pero en la primavera, Karlsefni declaró que no pensaba quedarse más tiempo en ese país y que deseaba partir de nuevo para Groenlandia. Hicieron sus preparativos para el viaje y llevaron grandes riquezas consistentes en cepas de viña, racimos y pieles. Pusieron rumbo a alta mar y llegaron sanos y salvos con su navio al fiordo de Erik para pasar el invierno.

VIII

Se volvió a empezar a hablar de una expedición hacia Vinland, pues parecía que al emprenderla se lograría mucha riqueza y fama. En ese mismo verano en que Karlsefni regresó de Vinland, un navio venido de Noruega llegó a Groenlandia. Tenía como capitanes a dos hermanos, Helgi y Finnbogi. Estos pasaron el invierno en Groenlandia. Eran islandeses y originarios de los fiordos del Este.

Ahora es preciso indicar que Freydis, hija de Erik, abandonó su casa en las Granjas para ir a encontrarse con los hermanos Helgi y Finnbogi y les pidió partir con ellos para Vinland en su propio barco y compartir con ella a partes iguales los beneficios que podrían lograr del viaje. Ellos aceptaron esta proposición. Ella fue a buscar a su hermano Leif y le pidió que le diese las casas que había hecho construir en Vinland. Pero él le dio la misma respuesta que anteriormente. Dijo que se las prestaría pero no se las daría. Se estableció un acuerdo entre los hermanos y Freydis, estipulando que cada uno llevaría a bordo treinta hombres aptos para batirse, sin contar las mujeres. Pero Freydis rompió pronto este acuerdo, pues llevó por su parte cinco hombres más de lo acordado. Los ocultó y los hombres no se dieron cuenta de ello más que en el momento de llegar a Vinland.

Se hicieron, por tanto, a la mar. Previamente habían convenido que navegarían juntos, en la medida de lo posible. Y, en efecto, no estaban separados por una gran distancia. Con todo, los hermanos habían llegado con un poco de adelanto y habían llevado sus equipajes hasta las casas de Leif. Pero cuando Freydis hubo desembarcado a su vez, hizo descargar el navio por sus gentes y les hizo llevar su equipaje hacia las casas. Freydis dijo entonces: «¿Por qué habéis traído aquí vuestro equipaje?» «Porque creíamos que serían respetados todos los compromisos concretos que habían sido establecidos con nosotros.» «Es a mí —dijo ella— a quien Leif presta las casas, y no a vosotros dos.» Helgi dijo entonces: «Mi hermano y yo no somos capaces de luchar contigo por la maldad.» Sacaron su equipaje de las casas y se construyeron una choza a cierta distancia del mar, al borde de un lago, y se instalaron allí cómodamente. Freydis hizo talar madera para formar el cargamento de su navio.

Comenzó a venir entonces el invierno y los hermanos propusieron que se organizaran juegos y pasatiempos. Estos juegos duraron algún tiempo, hasta el momento en que los hombres empezaron a discutir. Después, la discordia reinó entre ellos, los juegos acabaron y se rompieron las relaciones entre las cabanas. Las cosas quedaron así durante una buena parte del invierno.

Una mañana, temprano, Freydis se levantó de su lecho y se vistió pero sin calzarse. El tiempo era húmedo y había caído abundante rocío. Tomó el manto de su marido, se lo puso y después se dirigió hacia las cabanas de los dos hermanos. Fue hasta la puerta. Pero uno de los hombres había partido un poco antes y había dejado la puerta entreabierta. Ella abrió la puerta y se detuvo algún tiempo en el umbral, sin decir palabra. Pero Finnbogi estaba acostado dentro de la cabana y se había despertado. Dijo: «¿Qué vienes a buscar aquí, Freydis?» Ella respondió: «Quiero que te levantes y salgas conmigo. Tengo que hablarte.» Es lo que hizo. Fueron hasta un tronco de árbol caído que estaba adosado a la pared de la cabana y se sentaron encima. «¿Cómo te sientes aquí?», preguntó ella. El respondió: «El país me parece bueno, pero lo que me desagrada es la enemistad que nos separa. No es culpa mía.» «Tienes razón —dijo ella— y es también lo que yo pienso. Pero he aquí por qué he venido a buscarte. Quisiera ponerme de acuerdo con vosotros dos para la compra de vuestro barco, pues tu hermano y tú tenéis un barco mayor que el mío y yo quisiera irme de aquí.» «Consiento en ello —dijo él— si esto te agrada.» Y se separaron dicho esto. Ella volvió a la casa y Finnbogi volvió a acostarse. Ella regresó a su cama con los pies fríos y, en esto, Thorvard se despertó y le pregunta por qué razón ella tiene tanto frío y está tan mojada. Ella le responde con un tono muy vivo: «He ido a buscar a los hermanos para negociar la compra de su barco, pues quisiera adquirir un barco más grande, pero ellos lo han tomado muy a mal, hasta el punto de que me han golpeado y maltratado terriblemente. Pero tú, pobre incapaz, no vengarás mi vergüenza ni la tuya. Me doy cuenta bien de que estoy lejos de Groenlandia. Pero nos divorciaremos, a menos que no logres satisfacción de estas ofensas.»

El no pudo soportar más los reproches de su mujer. Invitó a sus hombres rápidamente a tomar sus armas. Obedecieron y se dirigieron hacia la cabana de los dos hermanos. Entraron allí mientras dormían, les agarraron, les ataron y les hicieron salir uno después de otro, una

vez atados. Y Freydis les hacía matar a medida que salían. Una vez muertos los hombres, quedaban aún las mujeres, pero nadie quería matarlas. Freydis dijo entonces: «Dadme un hacha.» Así se hizo. Entonces ella la emprendió con las cinco mujeres que estaban allí y no las dejó más que cuando estuvieron muertas. Perpetrado su crimen, regresaron a su cabana y todo el mundo tuvo la impresión de que Freydis estaba muy satisfecha por lo que había hecho. Sin embargo, dijo a sus compañeros: «Si nos es dado regresar a Groenlandia, haré matar a quienquiera que hable de lo que ha ocurrido. Diremos que estas gentes se han quedado, mientras que nosotros partíamos.»

A comienzos de la primavera equiparon el navio que había pertenecido a los hermanos y llevaron todo lo que habían conseguido procurarse de valioso, tanto como el navio podía transportar. Después se hicieron a la mar, tuvieron buen viaje y llegaron con su navio al fiordo de Erik a comienzos del verano. En ese momento, Karlsefni se hallaba allí también. Su barco estaba preparado para hacerse a la mar y esperaba los vientos favorables. Jamás —dicen— barco más magnífico dejó Groenlandia que el que él mandaba.

IX

Freydis volvió entonces a su granja que, sin embargo, no había sufrido daño alguno. Hizo a sus compañeros grandes regalos en dinero, pues quería que sus crímenes permaneciesen ocultos. En adelante se quedó en su granja. No todos se mostraron bastante discretos y no guardaron completo silencio sobre sus crímenes y sus crueldades, y a la larga el asunto se divulgó. Finalmente, llegaron rumores a oídos de Leif, su hermano, y él se afligió mucho por ello. Leif tomó entonces tres hombres pertenecientes al grupo de Freydis y, mediante tortura, les obligó a decir lo que sabían sobre esos hechos, y sus declaraciones fueron concordantes. «Yo no tendría el valor de tratar a Freydis, mi hermana, como merecería —dijo Leif—, pero puedo predecir que sus descendientes apenas conocerán la felicidad.» Y así ocurrió más tarde, tanto que desde entonces la gente no se preocupaba de ellos más que para despreciarles.

Ahora es oportuno indicar que Karlsefni equipó su navio y abandonó Groenlandia. Su viaje transcurrió sin problemas y llegó a Noruega en buenas condiciones. Allí pasó el invierno y vendió su mercancía. Su mujer y él fueron recibidos con grandes honores por los personajes más importantes de Noruega. Pero, a la primavera siguiente, equipó su navio para ir a Islandia. Y, cuando ya estaba todo preparado, con su navio cerca del muelle, esperando los vientos favorables, vino a buscarle un alemán. Era originario de Bremen, de Baja Sajonia. Quería comprar a Karlsefni su húsasnotra. «No quiero venderlo», dijo ése. «Te daré por ello medio marco de oro» *, dijo el alemán. Karlsefni estimó que la oferta era ventajosa y se cerró el trato. El alemán se marchó llevándose el húsasnotra, pero Karlsefni ignoraba de qué madera estaba hecho ese objeto, pues estaba hecho de mósur **, y esta madera procedía de Vinland.

Karlsefni se hizo entonces a la mar y llegó al Norte de Islandia, al fiordo del Cabo. Puso su barco en tierra junto a la orilla para que pasase allí el invierno. Y en la primavera compró la finca del Estrépito, construyó allí una casa y en ella vivió toda su vida. Gozó de una gran consideración y una numerosa y valiente descendencia salió de él y de Gudrid, su mujer. Y después de la muerte de Karlsefni, Gudrid se encargó de explotar la granja, ayudada por Snorri, su hijo, que había nacido en Vinland. Y cuando éste se hubo casado, Gudrid abandonó Islandia y partió en peregrinación a Roma. Después regresó a la granja de Snorri, su hijo. Ella había hecho edificar una iglesia en la aldea del Estrépito. Después, Gudrid tomó los hábitos y vivió en clausura hasta el final de sus días.

Snorri tuvo un hijo, llamado Thorgeir. Fue el padre de Yngvild, madre del obispo Brand. La hija de Snorri, hijo de Karlsefni, se llamaba Hallfrid. Era mujer de Runolf, padre del obispo

Thorlak. Un hijo de Karlsefni y de Gudrid se llamaba Björn. Fue el padre de Thorun, madre del obispo Björn. Numerosos fueron los descendientes de Karlsefni y este hombre fue bendito en su brillante prole. Y sucedió que Karlsefni narró con todo detalle todas las aventuras de estos viajes de los que hemos hablado aquí un poco.

** Es decir, 107,5 gramos aproximadamente. Suma enorme para la época.*

*** Se trata, sin duda, de una especie de arce.*

LA SAGA DE HREIDAR EL LOCO

Tord era el nombre de un islandés, hijo de Torgrim, el cual era hijo de Hreidar, que fue muerto por Glum. Tord era pequeño, pero de bella prestancia. Tenía un hermano que se llamaba Hreidar. Este era alto pero feo y tenía tan poco juicio que apenas podía cuidarse de él mismo. Era muy fuerte y más rápido corriendo que el resto pero, de sólida complexión, permanecía todo el tiempo en la casa. Su hermano Tord, por el contrario, hacía con frecuencia largos viajes. Pertenecía al *hird* * del rey Magnus y gozaba mucho de la estima de éste.

Un verano, mientras Tord estaba a punto de equipar su navio en Gasar, en el fiordo de Eyja, su hermano Hreidar vino a buscarle. Cuando Tord le vio, le preguntó qué venía a hacer.

—No habría venido si no tuviese algo urgente que decirte —respondió Hreidar.

—¿Qué quieres? —preguntó Tord.

—Quiero seguirte al extranjero —respondió Hreidar.

—No creo que este viaje te convenga —dijo Tord—. Prefiero ayudarte dejándote la herencia de nuestro padre, que vale dos veces lo que ganaré en el curso de mi viaje.

—Si aceptase tal proposición, me hallaría falto de tu ayuda y no tendría mucho sentido común —dijo Hreidar—. Cualquiera podría robarme, con astucia, nuestra herencia, pues apenas sabría cuidarme de ello. Pero no es seguro que me resigne a ver cómo las gentes me acechan para intentar apoderarse, bien por estratagema o por la violencia, de lo que me pertenece. Y apenas sería mejor para ti estar mezclado en el asunto si llegase yo a atacar a alguien o a cometer alguna otra imprudencia y si yo fuese después derrotado y mutilado a causa de lo que habría hecho. Además, no te será fácil obligarme, si quiero ir contigo.

—Tienes razón —dijo Tord— pero, si consiento, no quiero que vayas a contar a otros que partirás conmigo.

Hreidar le prometió no decir palabra, pero cuando Tord se dio la vuelta, contó a todos los que querían escucharle que iba a marchar al extranjero con su hermano, y fueron muchos los que censuraron a Tord por llevar con él a tal loco.

Cuando estuvieron preparados, se hicieron a la mar y, después de un feliz viaje, llegaron a Trondheim.

Esto sucedía en otoño, cuando los reyes Magnus y Harald habían regresado de Dinamarca. Una mañana que los reyes se hallaban en la ciudad, Hreidar se levantó antes que los demás.

—Despiértate, hermano mío —dijo—. Quien duerme, aprende poca cosa, y voy a darte una noticia. Ahora mismo he escuchado un ruido extraño.

—¿Qué clase de ruido? —preguntó Tord.

—Se diría que es algo vivo —dijo Hreidar—. Un grito agudo, pero no sé lo que era.

—No te asombres —dijo Tord—. Sin duda has oído sonar el cuerno.

—¿Por qué lo tocaban? —preguntó Hreidar.

—A menudo se llama a las gentes al *ting* o bien se da la señal de colocar los navios en la orilla —dijo Tord.

—¿El *ting*? ¿Qué es eso? —preguntó Hreidar.

—Se juzgan en el *ting* los casos difíciles —respondió Tord— y se hace saber allí lo que el rey quiere comunicar al pueblo.

—¿El rey está presente en el *ting*? —preguntó Hreidar.

—Eso creo —dijo Tord.

—Entonces es preciso que yo vaya allí —dijo Hreidar—. Quiero ir a un sitio donde pueda ver mucha gente.

—No soy de tu opinión —dijo Tord—. Creo que cuanto menos se acude a los lugares donde

hay mucha gente, mejor es. Por eso yo mismo no voy a lugar alguno.

—Es inútil hablarme así —dijo Hreidar—. Ambos iremos al ting. De nada te serviría que vaya yo solo. Además, tú mismo tienes razones para ir a ver al rey, que es tu amigo y a quien no has visto desde que ha llegado. No me impedirás ir allí.

Dicho esto, Hreidar se fue.

Tord comprendió entonces que estaba obligado también él a ir al ting. Pero fue despacio, mientras que Hreidar corría delante de él y pronto le sacó distancia. Cuando Hreidar se dio cuenta de que Tord se rezagaba, le gritó:

—Sé bien que no es fácil ser pequeño. Quien es pequeño debería igualmente ser rápido. Pero tú pareces tan lento como débil. Más te hubiese valido ser menos bello y más rápido y fuerte. Así podrías seguir a las demás personas.

—No sé si mi debilidad me perjudica más de lo que a ti la fuerza —dijo Tord.

—Adelanta, pues, un dedo y se verá quién es el más fuerte, hermano mío —dijo Hreidar.

Tord lo hizo pero pronto su mano se entumeció y tuvo que soltar su presa. Hreidar siguió corriendo y subió a una colina desde donde veía una gran muchedumbre. Se detuvo y se puso a contemplar la asamblea. Tord le alcanzó.

—Ven conmigo y camina como debe ser para que lleguemos juntos —dijo, y Hreidar obedeció.

Cuando llegaron al *ting*, encontraron a muchas gentes que conocían a Tord y le saludaron amistosamente. Tord fue inmediatamente ante el rey, pues no se había presentado a él desde que había llegado a Trondheim. Saludó respetuosamente al rey Magnus y éste acogió su saludo con benevolencia.

Los dos hermanos se habían separado al llegar al *ting*. Los hombres del rey vieron que Hreidar era un hombre extraordinariamente alto, pero apenas resultaba un compañero conveniente. Le tiraron de los faldones de su ropa y le empujaron en todas direcciones. El hablaba y reía, mientras le maltrataban, lo que no disminuyó su placer. Pronto le fue difícil defenderse.

El rey pidió a Tord noticias de Islandia; después le preguntó sobre las gentes de su séquito que deseaba incorporar al *hird*.

—Mi hermano está conmigo —dijo Tord.

—Si se te parece, me agrada —dijo el rey.

—No se me parece mucho —dijo Tord.

—Puede que pese a todo me plazca —dijo el rey—. ¿Qué diferencia hay, pues, entre vosotros?

—Es grande y fuerte y de buena complexión, pero es feo y de mente obtusa —dijo Tord.

—Puede ser un buen hombre en muchos aspectos, aún así —dijo el rey.

—Cuando él era joven, no se le hallaba mucho juicio —dijo Tord.

—Me intereso más por lo que él es ahora —dijo el rey—. ¿Sabe cuidar de sí mismo?

—No, no del todo. Hay que vigilarle sin cesar —respondió Tord.

—¿Por qué le has dejado acompañarte al extranjero en esas condiciones? —preguntó el rey.

—Señor —respondió Tord—, todo lo que poseemos es común a ambos, pero mi hermano no se beneficia mucho de ello, pues jamás ha querido ocuparse del dinero y siempre me ha dejado hacer lo que yo quería. He estimado que no hubiese sido justo negarle la única cosa que jamás me había pedido —es decir, el seguirme—, ya que me permite decidir solo sobre lo que poseemos. Yo esperaba también que él podría beneficiarse —como tantos otros— de la felicidad que dais a las gentes, si le fuese permitido veros.

—Quiero verle —dijo el rey.

—Será según tu deseo —dijo Tord—, y por esto él ha venido al *ting*, pero no está del todo bien actualmente.

El rey hizo, pues, buscar a Hreidar. Cuando Hreidar supo que el rey quería hablarle, miró hacia el cielo y se fue sin preocuparse de lo que podía haber en su camino. Llevaba calzas, que le sujetaban bien los pies, y una piel gris. Cuando llegó ante el rey, cayó de rodillas y saludó con respeto. El rey sonrió y devolvió el saludo.

—Si tienes algo que decirme —dijo el rey—, dímelo rápido, pues hay otras muchas gentes que deben hablarme.

—Creo que lo que tengo que pedirte es de suma importancia —respondió Hreidar—. Quiero verte, señor rey.

— ¡Y bien!, hete aquí satisfecho, ya que me ves —dijo el rey.

—Cierto —respondió Hreidar—, pero no considero que te haya visto desde bastante cerca.

—¿Qué me es preciso, pues, hacer? —preguntó el rey—. ¿Quieres que me levante?

—En verdad lo querría —respondió Hreidar.

El rey se levantó.

—Me parece que me has visto bastante ahora —dijo el rey.

—No, no completamente aún —dijo Hreidar—, pero esto casi me es suficiente.

—¿Quieres que levante mi manto? —preguntó el rey.

—En verdad lo querría —dijo Hreidar.

—Hablemos primero un poco acerca de ello —dijo el rey—. Vosotros, islandeses, o en todo caso varios de vosotros, estáis plenos de malicia y de audacia frente a vuestros jefes y no estoy seguro de que no hagáis esto para mofarte de mí. No obstante, quiero creer que no es esa tu intención.

—A nadie corresponde, señor, mofarse de ti o mentirte —dijo Hreidar.

El rey levantó, pues, su manto.

—Mírame tanto como desees —dijo el rey.

—Es lo que quiero hacer —dijo Hreidar.

Se puso entonces a examinar al rey por todas partes y repetía sin cesar las mismas palabras:

—Muy bien, muy bien —decía.

—¿Me has mirado tanto como deseabas? —preguntó el rey.

—Sí —respondió Hreidar.

—¿Cómo me encuentras? —preguntó el rey.

—Mi hermano Tord nada ha exagerado hablando de ti —respondió Hreidar.

—Ciertamente, ¿has hallado alguna cosa que criticar de lo que ves, algo que las gentes, en general, no ven o no pueden notar? —preguntó el rey.

—No quiero, ni puedo —lo que es más cierto— hallar algo que criticar y nadie hay que no desearía estar tan bien hecho como tú, si pudiese decidir por sí mismo —dijo Hreidar.

—Exageras —dijo el rey.

—Si no mereces lo que yo pienso y digo, hay gran peligro de que la mayoría de los hombres reciban más alabanzas que no merecen cuando se ha hablado bien de ellos —respondió Hreidar.

—Intenta encontrarme algún defecto, incluso aunque sea pequeño —dijo el rey.

—Quizá, señor, uno de tus ojos está situado un poco más alto que el otro —dijo Hreidar.

—Un solo hombre lo ha notado antes que tú —dijo el rey—. Mi padre, el rey Harald. Pero tú me debes ahora lo mismo que he hecho yo. Quiero verte, levántate y quítate tu manto.

Hreidar se despojó al punto del manto. Era feo, como ya se ha dicho, y tenía piernas y brazos muy largos. También tenía grandes manos y estaban sucias, mal lavadas. Sus vestidos tampoco estaban limpios. El rey le miró cuidadosamente.

—Señor —preguntó Hreidar—, ¿qué hallas que criticar?

—No creo que haya habido jamás hombre más feo que tú —dijo el rey.

—Sí, es lo que dicen las gentes —dijo Hreidar— pero, ¿nada hay en mí que tenga algún atractivo?

—Tord, tu hermano, me ha dicho que eres tranquilo y de complexión robusta —dijo el rey.
—Es igualmente cierto —dijo Hreidar— y siento que así sea.
—Pero imagino que te sucederá que un día montes en cólera —dijo el rey.
—Gracias por tus palabras, señor —dijo Hreidar—, pero, ¿cuánto tiempo crees que me es necesario esperar para que ese día llegue?
—No lo sé con seguridad —dijo el rey—, pero quizá será en este invierno.
—Dios te bendiga por tus palabras —dijo Hreidar.
—¿Eres hábil en alguna cosa? —preguntó aún el rey.
—Nada sé —respondió Hreidar—. Jamás he probado nada.
—Me parece inverosímil que no seas hábil en algo —dijo el rey.
—Dios te bendiga por tus palabras —dijo Hreidar—, pues sin duda es como dices. En este caso, creo que me sería preciso quedarme en vuestra casa este invierno.
—Tu hermano Tord podrá quedarse en mi casa con un hombre o dos, si quiere —dijo el rey—, pero creo que te conviene mejor permanecer allí donde no haya demasiada gente.
—Es quizá cierto desde un cierto punto de vista —dijo Hreidar—; pero jamás hay tan poca gente que lo que se diga no sea relatado en todas partes, sobre todo si hay ocasión de reír por ello. Ahora bien, no soy de los que miden sus palabras. Hablo mucho. Puede que los que se hallen a mi alrededor, incluso si no son numerosos, difundan mis palabras, las deformen ante otras gentes, se burlen de mí y relaten lo que hago o digo para reír como si hubiese en ello algo malo. Es por lo que me parece que no es imprudente querer quedarse en casa de quien se cuida de mí, como mi hermano Tord, incluso si hay mucho mundo, más que estar allí donde hay poca gente, pero donde nadie me dará consejo.
—Haz lo que desees —dijo el rey—. Venid, tu hermano y tú, a mi hird si lo preferís.
Cuando Hreidar escuchó las palabras del rey, fue en seguida a contar a los que querían escucharle cuan afortunado había sido su viaje para ver al rey, y dijo a su hermano Tord que el rey le había permitido quedarse en el hird durante el invierno.
—Entonces te proporcionaré, como es debido, armas y vestiduras —dijo Tord—, pues tenemos con qué nacerlas y quienes se sientan a la mesa del rey deben estar bien vestidos. Es muy importante para ellos, si no quieren que los hombres del hird les hagan burla.
—Si crees que vas a vestirme con ropas valiosas, te engañas —respondió Hreidar.
— ¡Y bien!, te haremos confeccionar un ropaje muy sencillo pero con una bella tela de paño —dijo Tord.
—Prefiero eso —continuó Hreidar.
Se procuró, pues, como le aconsejaba Tord, una tela de paño y se hizo confeccionar una vestidura, y tuvo al momento otro aspecto. Seguía siendo feo, pero al menos tenía una apariencia viril.

En la primera época de la estancia de los dos hermanos en el *hird*, las gentes del rey consideraron, sin embargo, que Hreidar se comportaba como un imbécil, y a menudo fue objeto de bromas y de malos tratos por su parte. Le dieron golpes y le prodigaron palabras injuriosas, pero él pagó siempre con la misma moneda. Y cuando las gentes del rey vieron que no hacía más que reírse de sus burlas y que a todos ganaba por su paciencia, sus réplicas y, sobre todo, por su fuerza, dejaron de molestarle.

Poco después de la llegada de ambos hermanos al *hird* del rey Magnus, sucedió que uno de los hombres del rey Magnus mató a uno de los hombres del rey Harald y que, a causa de este hecho, los dos reyes se malquistaron. Pero se decidió organizar una reunión de reconciliación.

Cuando Hreidar supo que el rey Magnus iba a ver de nuevo al rey Harald, fue en seguida ante Magnus.

—Hay una cosa que quisiera pedirte, señor —dijo él.

—¿Cuál es? —preguntó el rey.

—Querría ir contigo a la reunión de reconciliación —dijo Hreidar—. No he visto gran cosa desde que estoy en tu casa y tengo mucha curiosidad por ver dos reyes a la vez.

—Es cierto —dijo el rey—. Apenas conoces cosas de países extranjeros, pero no puedo prometerte que te llevaré conmigo para ver al rey Harald. No sería bueno para ti caer en manos de las gentes del rey Harald. Sería en perjuicio tuyo o en el de otros. Esas gentes son insolentes. No es bueno rozarse con ellos. Si te maltratasen, yo montaría en cólera, lo temo. Más vale que esto no te ocurra.

—He ahí una buena palabra, señor —dijo Hreidar—, y si puedo esperar así encolerizarme, iré contigo. Ciertamente iré.

—¿Tienes, pues, intención de seguirme, incluso si te lo prohíbo? —preguntó el rey.

—Iré contigo —dijo Hreidar.

—¿Crees que se me puede manejar como a tu hermano Tord? —preguntó el rey—. Con él obras siempre a tu antojo.

—Será mucho más fácil portarme bien en tu compañía ya que eres más sabio que él —respondió Hreidar.

El rey creyó comprender que de nada serviría disuadir a Hreidar y se dijo que podría muy bien ocurrir que se sumase a otros si le prohibía partir con él mismo. Le pareció que sería entonces más difícil ayudarle, si lo necesitaba. Por ello, le permitió seguirle. Hreidar se alegró mucho por esto y se le dio un caballo. Pero como él pesaba mucho y estaba poco habituado a cabalgar, no halló nada mejor que hacer que correr él mismo delante de su montura, y corrió tan rápido que el caballo se encontró agotado apenas a mitad de camino.

Cuando el rey se dio cuenta de ello, dijo:

—Esto es ya demasiado. Volved a la ciudad con Hreidar y que se quede allí.

—¿Qué importa que el caballo esté fatigado —dijo Hreidar— y de qué me serviría mi rapidez si no pudiese seguirlos?

Entonces, para demostrar esta rapidez de lo que tanto se enorgullecía, los hombres que le persiguieron en sus caballos acabaron por agotar a sus monturas y los hombres mismos tuvieron que echar pie a tierra.

Así llegaron todos en seguida al lugar del encuentro de los reyes, y Magnus dijo a Hreidar:

—No abandones mi séquito y permanece siempre a mi lado, pues nada bueno espero si caes en manos de los hombres del rey Harald.

Hreidar prometió hacer lo que el rey le aconsejaba:

—Cuanto más cerca esté de ti, mejor será, en efecto —decía él.

Los reyes se encontraron, pues, y se ocuparon de sus asuntos. Los hombres del rey Harald, que ya habían oído hablar de Hreidar y de su escaso sentido común, se alegraron mucho cuando vieron que estaba allí. En cuanto los reyes iniciaron su debate, Hreidar se metió en un grupo de los hombres del rey Harald. Estos le arrastraron a un bosque muy cercano y sin tardanza se pusieron a dar tirones a sus ropas y a zarandearle, y tan pronto Hreidar volaba entre sus manos igual que un montón de heno como, por el contrario, se quedaba quieto tan firme como un muro contra el que los hombres se estrellaban. Al final, todos le golpearon duramente con los mangos de sus hachas y con las vainas de sus espadas. Los clavos de las vainas hirieron a Hreidar en la cabeza, pero él no hacía más que reír y parecía encontrar divertido todo esto.

Sin embargo, cuando el juego se volvió demasiado rudo, gritó:

—¿No nos hemos divertido ya suficientemente? Es tiempo de que este juego termine. Comienzo a hartarme. Vamos a ver a vuestro rey. Tengo ganas de verle.

—¿Ver a nuestro rey? —dijeron los otros—. Ciertamente no permitiremos que un diablo como tú vea a nuestro rey. Más bien, te enviaremos a reunirse con todos los diablos en el infierno.

Hreidar comenzaba a sentir que todo esto no le gustaba ya apenas. Comprendió también que los hombres eran realmente capaces de hacer lo que decían y sintió que había llegado el día de su cólera.

Agarró entonces al hombre que le atacaba con total encarnizamiento y le lanzó al aire. Después le aplastó la cabeza contra el suelo, y con tal violencia que el cerebro saltó por todas partes.

El hombre murió en el acto.

Un gran miedo se apoderó de todos los demás. A cada uno le parecía que en Hreidar había fuerzas sobrehumanas y huyeron y se reunieron con el rey Harald. Relataron a éste que uno de los hombres de su hird había sido muerto.

—Matad a quien le ha matado —dijo el rey.

—Ha huido. Ya no está en nuestras manos —dijeron ellos.

En cuanto a Hreidar, justo después de haber dejado a los hombres del hird del rey Harald, había ido junto al rey Magnus y le había relatado lo ocurrido.

—¿Sabes ya qué es montar en cólera? —preguntó el rey.

—Sí, lo sé —respondió Hreidar.

—¿Ha sido tan grande tu placer como tu curiosidad? —preguntó el rey.

—Apenas me ha gustado —respondió Hreidar—. Lo único que deseaba era matarlos a todos.

—He aquí por qué yo temía por ti —dijo el rey—. Preveía realmente que tú te enojases en demasía. Y me parece que las cosas han ido tan lejos que ya no estoy seguro de poder protegerte si te quedas en el hird cuando el rey Harald y yo nos encontremos de nuevo, pues mi pariente Harald es astuto y no es fácil con él estar sobre aviso. Lo mejor es que te dé compañeros y que te envíe a Oplanden, junto a uno de mis vasallos que se llama Eyvind, y él te protegerá contra el rey Harald. Vuelve cuando yo te llame.

Hreidar partió, pues, y fue a casa de Eyvind, y éste le acogió después de haber leído el mensaje del rey Magnus.

En cuanto a los dos reyes, se pusieron de acuerdo respecto al primer asesinato y el asunto fue arreglado rápidamente. Pero no fue lo mismo a propósito de Hreidar. El rey Harald pidió indemnizaciones porque un hombre de su hird había muerto, pero el rey Magnus repuso que los hombres de Harald eran los culpables de todo lo que había ocurrido y no había lugar a pagar una indemnización a causa de un hombre muerto por Hreidar, pues todos los que se habían ensañado con él habían perdido todo derecho a indemnizaciones, aun cuando Hreidar les hubiera matado a todos.

El rey Magnus rehusó, pues, pagar nada y los reyes se separaron. Pero el rey Harald supo en seguida dónde había ido Hreidar y se puso en camino. Llegó, acompañado de sesenta hombres, a Oplanden, a casa de Eyvind.

Era por la mañana temprano, pues Harald se había propuesto llegar de improviso. Sin embargo, no logró sorprender a Eyvind, pues éste sospechaba verdaderamente que el rey Harald buscaría a Hreidar y había permanecido en continua alerta. Por lo demás, pronto fue informado de que el rey se había dirigido hacia el Sur y había reunido hombres en el bosque, cerca de su casa, que se mantenía en estado de alerta.

Se narra que un día, poco tiempo antes de la llegada del rey Harald, Hreidar habría pedido a Eyvind un poco de dinero y un poco de oro. Eyvind había preguntado si entendía algo de

orfebrería.

—El rey Magnus me creía muy experto —respondió Hreidar—, mas todo lo que sé es que jamás he ensayado nada. Pero creo que es como él dice. Ciertamente, él debe saberlo.

—Eres un hombre extraño —dijo Eyvind—, pero te daré ese dinero que pides. Si fracasas, devolverás el dinero. Si triunfas, te lo guardarás.

Se encerró entonces a Hreidar en una casa donde trabajaría, pero antes de que hubiese terminado lo que había comenzado, llegó el rey Harald, como se ha dicho.

Eyvind dio la bienvenida al rey y le preparó un gran festín. Cuando todos se sentaron a la mesa, al beber, el rey preguntó a Eyvind:

—¿Por casualidad hay aquí un hombre llamado Hreidar? Te daré mi amistad si me lo entregas de buen grado.

—Ese hombre no está aquí actualmente —respondió Eyvind.

—Ya veo que no está en la sala —dijo el rey—. Pero sé que permanece en una de tus casas y en poder tuyo. No vale la pena negarlo.

—¿Por qué lo negaría yo? —respondió Eyvind—. No tengo por ti una estima superior a la que siento por el rey Magnus y que me permita entregarte, para matarle, un hombre que ese rey me ha ordenado proteger y ayudar.

Dicho esto, Eyvind abandonó la sala. Cuando llegó a la casa donde se hallaba Hreidar, éste se arrojó contra la puerta gritando que quería salir y marcharse de allí.

—Ten calma —dijo Eyvind—. El rey Harald ha venido para matarte.

Pese a todo, Hreidar continuaba intentando salir por la fuerza. Quería hablar al rey, decía. Cuando Eyvind comprendió que aquél rompería la puerta si no se le dejaba salir, fue a abrir.

—Que los trolls ** te lleven —gritó Eyvind— a ti que te lanzas a una muerte segura. Nada podrá salvarte.

Hreidar entró en la sala. Avanzó hacia el rey y le saludó:

—Señor —dijo—, no me guardes rencor, pues puedo servirte de muchas maneras si quieres concederme tu amistad. Realizaré todo lo que me envíes a hacer, incluso si ello debe costarme la vida. Y he aquí, primero, un regalo.

Colocó el regalo sobre la mesa delante del rey. Era un cerdo en plata dorada.

El rey miró al cerdo.

—Eres un hombre hábil —dijo—. No he visto a menudo una obra tan bien hecha.

El cerdo pasó de mano en mano alrededor de la saóe. El uno lo mostraba al otro y todos estaban de acuerdo y decían que jamás habían visto trabajo más bello.

—Consiento en reconciliarme contigo, Hreidar —dijo el rey—. Creo que te podrán confiar grandes misiones. Eres fuerte y no tienes miedo, según creo.

En este mismo momento, el cerdo volvió a las manos del rey por segunda vez. El rey lo levantó para mirarlo cuidadosamente y saber cómo estaba hecho. Vio que era una marrana con mamas ***. Comprendió al punto que Hreidar lo había hecho para burlarse de él y arrojó el objeto.

—¡Que los trolls te lleven! —gritó—. En pie, mis hombres, y matadle.

Hreidar se apoderó del cerdo.

—Me guardaré mi bello regalo si tú, señor, no quieres devolver más que mal por bien —dijo él huyendo.

El rey Harald y sus hombres corrieron tras él para matarle. Pero cuando se hallaron fuera, Eyvind estaba allí con tanta gente que no pudieron perseguir a Hreidar.

El rey Harald y Eyvind se despidieron. El rey Harald seguía estando furioso, pero Hreidar no se detuvo antes de haber llegado al palacio del rey Magnus.

Cuando le vio, el rey preguntó a Hreidar lo que había ocurrido con el rey Harald. Hreidar le

relató todo y mostró el cerdo al rey.

—Está realizado muy hábilmente —dijo el rey— y mi pariente Harald se ha vengado con crueldad por injurias menos graves que éstas. Verdaderamente, no tienes miedo. Tampoco te falta memoria. Jamás podría yo creer que quien ha podido crear semejante cosa es un imbécil, pese a la necedad de tu comportamiento.

Hreidar permaneció aún cierto tiempo en casa del rey Magnus y un día pidió hablar de nuevo con el rey:

—Yo querría, señor, que me concedas lo que voy a pedirte.

—¿De qué se trata? —preguntó el rey.

—Te pido escuchar, señor, un poema que he compuesto en tu honor —dijo Hreidar.

—Consiento en ello —dijo el rey.

Hreidar recitó su poema. Era una poesía un poco fuerte y, al principio, bastante extraña pero al avanzar la lectura, el poema iba mejorando.

Cuando Hreidar hubo terminado de leer, el rey dijo:

—Tu poema parece raro pero antes de terminar se descubre que es un buen poema. Y, sin duda, igual sucede con tu vida. Al principio, parece rara y diferente de las demás, pero cambia y mejora a medida que el tiempo pasa. Por tanto, escogeré una recompensa para ti por tu excelente poema. En las costas de Noruega hay una pequeña isla que te entregaré. No es grande pero la hierba crece bien allí y la tierra es buena.

—He ahí un generoso regalo, tal como se podía esperar por tu parte. Gracias a mi isla enlazaré Noruega a Islandia —dijo.

—Ignoro lo que ocurrirá con ella, pero lo que sé es que muchas gentes querrán comprártela o cambiarla por otra —dijo el rey—. Quizá es preferible que yo mismo te la vuelva a comprar desde ahora, a fin de que no estés expuesto a los ataques de los que querrían quitártela. Y esto lo haré, sobre todo, porque no es prudente que permanezcas en este país, a causa del rey Harald. Es fácil prever lo que te sucedería si permanecieses aquí y si él lograra su propósito. El rey Magnus dio, pues, dinero a Hreidar en vez de la isla y, siguiendo el consejo del rey, Hreidar partió para Islandia. Hreidar vivió después en el valle de Svavadar, en un lugar que se llama Hreidarstad. En su vida ocurrió como le había predicho el rey Magnus. Cuanto más vivió, más llegó a ser un hombre hábil. Las rarezas que se le veía hacer cuando parecía medio loco no habían sido más que falsos modales. Vivió en Hreidarstad hasta su vejez y de él surgió una gran familia.

Y así termina la saga de Hreidar.

* *La guardia personal o guardia de corps.*

** *Gnogmos, genios de la mitología escandinava.*

*** *El rey Harald era el hijo de Sigurd Syr: «Sy» = marrana.*

HRAVN DE HRUTFJORD

En Stad, en Hrutfjord, vivía un hombre que se llamaba Torgrim. Era rico, pero poco emprendedor. Su mujer se llamaba Torgerd y tenían dos hijos, Kalv y Grim, ambos poco viriles, pero llenos de arrogancia y de mala fe como su padre.

En Melar, en el Hrutfjord, vivía un hombre que se llamaba Sighvat. Su mujer se llamaba Gudrum, y era sabia y fuerte. Tenían un hijo que se llamaba Hravn. Un niño, pero de enorme estatura y que prometía grandes cosas.

Diferentes gastos acabaron con los bienes de Sighvat. Tenía buenas tierras, pero sus bienes muebles disminuían rápido. Un verano, dijo a su mujer que iba a verse obligado a vender una parte de sus tierras para pagar deudas y comprar ganado.

—Conozco una solución mejor —dijo Gudrun—. Vende mi brazalete de oro para pagar las deudas, pero no vendas las tierras.

—Entonces debo ir a hablar con Torgrim —dijo Sighvat—. Tiene mucho ganado.

—Pienso que no deberías tratar con Torgrim

—dijo Gudrun—. Es un hombre falso y de mala fe. Sighvat, aún así, fue a hablar con Torgrim.

—Vengo a comprarte ganado —dijo.

—Acepto —dijo Torgrim.

—Puedo darte este brazalete de oro como pago —dijo Sighvat.

—Vender las joyas de su mujer no es digno de un hombre —dijo Torgrim—. Mejor véndeme ese prado que llamas el vergel verde. Tengo tanta necesidad de heno como de pastos y, aún así, te quedará más prado del que necesitas.

—Acepto venderte el prado, pero no quiero que otro más que yo haga pastar su ganado en mis tierras —respondió Sighvat.

—Será necesario ponernos de acuerdo sobre eso —dijo Torgrim.

Cuando Sighvat regresó a su casa, relató a Gudrun el acuerdo que acababa de establecer.

—Si yo hubiese podido decidir sobre ello, no lo habría hecho —dijo Gudrun—. Ahora que Torgrim puede considerar que tiene parte en nuestros pastizales, no está lejos el tiempo en que hará pastar su ganado en ellos.

Al día siguiente, Sighvat hizo llevar a sus tierras el ganado que acababa de comprar.

Un día, en el transcurso del verano, Torgrim dijo:

—Ahora hemos aumentado nuestros pastos. Pero las mujeres no saben que las vacas lecheras tienen menos prado del que necesitan. Por tanto, vamos a llevar nuestro ganado a las tierras de Sighvat, pues he hecho de ellas mi propiedad legítima.

Así lo hizo. Cuando Gudrun se dio cuenta, dijo:

—Ha ocurrido lo que yo pensaba. No me ha gustado ese acuerdo y ha tomado mal cariz, pues he aquí que ahora Torgrim envía sus servidores para que hagan pastar su ganado en nuestros prados y se coma nuestro heno.

—Sí —dijo Sighvat—. No es la primera vez que Torgrim devuelve mal por bien.

Un día, Sighvat fue a sus tierras para expulsar de sus almiarés al ganado de Torgrim.

Entonces Torgrim llegó de repente.

—El igual a los siervos se vuelve presuntuoso, creo —dijo, y atravesó a Sighvat con su lanza. Sighvat murió allí mismo.

Hecho esto, Torgrim regresó a su casa.

Gudrun se enteró sin tardanza de lo que había sucedido y en silencio se ocupó de enterrar a su esposo. En esa época Hravn, su hijo, tenía cuatro años. Hablaba a menudo de su padre. Preguntaba a su madre lo que le había ocurrido a su padre, y ella le respondía que estaba

muerto, que había muerto de repente.

Poco tiempo después, Torgrim fue a ver a Gudrun y a hablar con ella.

—Sin duda consideras que he actuado contigo de modo un poco brusco. Pero quiero reparar lo que he hecho a tu esposo. Me ofrezco en su lugar y si quieres aceptar mi ayuda y mi protección, nada te faltará.

—Es preferible que cada uno vivamos por nuestro lado —respondió Gudrun—. No tengo tanta prisa en casarme de nuevo como para que desee tener en mi casa al asesino de mi esposo, aunque no tuvieses ya mujer.

Hravn creció junto a su madre. Era de elevada estatura y fuerte, amable y apreciado por todos. Le gustaba bromear y reír. Venía con frecuencia a Stad para participar en juegos y concursos. Torgrim era amable con él, y Hravn le estaba agradecido. Un día que venía de competir, Kalv dijo:

—No sabes utilizar tu fuerza con medida, Hravn, acabarás como tu padre.

—Que las gentes mueran nada tiene de excepcional —dijo Hravn—. Sin duda, un día moriré yo también.

—No sabes cómo ha muerto él —dijo Kalv—. Murió asesinado y fue mi padre quien le mató, como yo te mataré un día.

Hravn no respondió y se marchó en seguida. Por la noche, en su casa, estaba taciturno. Su madre le preguntó qué sucedía.

—Tú me habías dicho que mi padre había fallecido de muerte repentina —respondió Hravn—, pero hoy Kalv me ha relatado que fue asesinado, y encuentro sorprendente que me lo hayas ocultado.

—Te lo he ocultado porque consideraba que eras demasiado joven y porque tus adversarios eran hombres poderosos. Pero hoy no veo inconveniente en que humee el fuego que ellos han encendido.

—¿Dónde está enterrado mi padre? —preguntó. Ella le respondió que el lugar se hallaba ya cubierto por la hierba.

—Un día lo encontraré —dijo Hravn—. Estoy contento de haber sabido la verdad. En adelante, es importante que él tenga un hijo valeroso y fuerte.

Después de estos hechos, participó en los concursos y juegos como antes; nadie podía sospechar que no estaba de humor alegre.

Pasó el tiempo. Ahora tenía dieciocho años. Sucedió que un día después del juego, mientras que Hravn acababa de vestirse, Kalv le dijo:

—Hravn prefiere endurecer sus puños golpeando una pelota más que vengar a su padre.

—Eso lo haré rápido —respondió Hravn volviéndose contra Kalv, y le asestó un golpe mortal.

—Era de esperar —dijo Torgrim—, pero no nos conviene quedarnos aquí.

Cuando Hravn regresó a su casa, relató el asesinato a su madre. Ello iba a costarle caro, según dijo ella.

—Seguramente voy a perder a mi hijo, como he perdido a mi esposo. Prepárate para desaparecer de estos lugares, pues no puedo serte de ayuda alguna.

Después, ella salió y le pidió que le siguiese hasta un cobertizo que se hallaba cerca. Había una cueva espaciosa y cómoda. Hravn se escondió allí, donde tenía todo lo que necesitaba. Al día siguiente, Torgrim se presentó en la casa acompañado de doce hombres. Pero, durante la noche, Gudrun había pedido a gentes de las granjas vecinas que viniesen y eran más numerosas que las de Torgrim.

—Venimos a buscar a tu hijo —dijo Torgrim—. Ahora, entréganosle.

—No se te puede reprochar el que busques al asesino de tu hijo —dijo Gudrun—, pero no está aquí. Sería necesario que yo tuviese muchos hombres o que sea más bien temeraria para

guardarle aquí, en una casa tan cercana a la tuya. Esto apenas es verosímil.

—Si él estuviese ahí, apenas sería verosímil que tú lo proclames —respondió Torgrim—. Y ahora vamos a inspeccionar tu casa.

—Hasta este día, jamás se me ha considerado como una ladrona —dijo Gudrun—. Antes de registrar mi casa te será necesario esperar en tanto tengas menos hombres para hacerlo de los que yo tengo para impedirte.

E hizo salir a sus gentes.

—Verdaderamente —dijo Torgrim—, no te dejas sorprender.

E hizo dar media vuelta a su caballo y se marchó.

Al verano siguiente, Torgrim hizo declarar a Hravn fuera de la ley en el ting. En el momento mismo de estos hechos, un navio fondeaba en el fiordo, dispuesto para hacerse a la mar. Sus propietarios eran dos noruegos. Uno se llamaba Binar, natural de Namdal, y el otro se llamaba Bjarne. Einar era rico. Se trataba de un hombre de bien, un amigo del rey Magnus. Tenía un hermano llamado Sigurd, que le acompañaba a bordo del navio. Sigurd era aún adolescente, y muy prometedor en todos los aspectos.

Cuando Torgrim regresó del ting, tomó su caballo y fue al navio. Los mercaderes estaban a punto de izar la vela.

—Quiero que sepáis —dijo Torgrim— que he hecho declarar fuera de la ley a un hombre llamado Hravn y os advierto que no le llevéis con vosotros si se os presenta a bordo.

Le respondieron que si se trataba de rechazar a un criminal, lo harían de buena gana.

A poco de eso, Gudrun y Hravn se presentaron y gritaron a Einar para que bajase a tierra.

Cuando estuvo junto a ellos, Gudrun dijo:

—Estoy aquí con mi hijo. Se encuentra en mala situación, pero muchas gentes dirán que es mejor hombre por haber hecho lo que hizo que si no lo hubiese hecho. Pero no puedo protegerle ya contra Torgrim, pues ha sido declarado fuera de la ley, por lo que yo desearía que le llevaseis con vosotros fuera de Islandia. Espero que la reputación de sus parientes en Noruega y la causa de su crimen os importarán más que el orgullo y la imprudencia de Torgrim, que ha matado a mi esposo, padre de Hravn, y que le ha dejado muerto, sin satisfacción del daño causado.

—A decir verdad, no tenemos el derecho de acoger a este hombre —respondió Einar—. No me siento muy inclinado a llevar conmigo a gente fuera de la ley.

.Su hermano Sigurd. dijo entonces:

—¿Por qué quieres rechazarle? ¿No ves que es un joven que promete y olvidas el valor con que ha vengado la injuria sufrida? Puedes venir conmigo, Hravn, aunque probablemente esto no te sea de tan gran ayuda como si fueses a casa de mi hermano. Sube a bordo en seguida, pues estamos a punto de izar la vela y me parece que tendremos viento favorable. Pero, ¿quiénes son tus parientes en Noruega?

—Mi madre dice que Sighvat el escaldo es su hermano —respondió Hravn.

—En mi casa, eso contará en tu favor —dijo Sigurd.

Al momento, recogió la pasarela, hizo levar el ancla y el navio se apartó del muelle. En el mismo momento, Torgrim llegó desde lo alto de la orilla y llamó a los mercaderes.

—Veo que no habéis respetado lo prometido —dijo.

—Hravn, muéstrate —dijo Sigurd—, pues Torgrim se halla ahora a buena distancia.

Hravn saltó sobre un montón de mercancías.

—La buena distancia —dijo él— sería si mi hacha pudiese alcanzarle.

Entonces Bjarne quiso que Hravn fuese desembarcado.

—Si él estaba obligado a ponerse en manos de Torgrim, espero que esto vaya de manera un poco diferente de lo que quiere éste —respondió Sigurd—. Y ahora, es tiempo ya de que izemos velas.

Es lo que hicieron. Tuvieron viento favorable y se acercaron a Tröndelagen.

Kettil, un hombre apodado Roca, era el preboste del rey en la ciudad. Su mujer se llamaba Signy y tenía una hija que se llamaba Helga. Era, al mismo tiempo, bella y hábil.

Cuando los mercaderes desembarcaron del navio para volver a sus casas, Einar dijo a Hravn: —En adelante, sin duda soy yo quien debería ayudarte, aunque esté menos inclinado a hacerlo que mi hermano Sigurd. Si lo deseas, puedo encontrarte alojamiento en esta ciudad y pagar por ti. Para empezar, mejor que llevarte a mi casa, esto me parece más fácil.

—Seguiría de buena gana tus consejos si me desearas el bien —respondió Hravn—. No tengo la intención de perjudicar a nadie. Pero lo que se haga para molestarme o avergonzarme, lo vengaré con sangre.

Después, fueron a casa de Kettil.

—Te confío a este joven. Protégelo, te lo ruego, y trátale bien. Tú, Hravn, podrás venir a mi casa cuando tengas tiempo o ganas.

Hravn vivió en casa de Kettil. Era taciturno y discreto, pero abierto con quien le hablaba. Con frecuencia, Hravn hablaba con Helga, hija de Kettil, y al principio éste no vio inconveniente en ello, pues Hravn se comportaba bien en todos los aspectos.

Pero esto no duró mucho tiempo. Kettil cambió de humor y apareció su verdadero carácter. Ahora prorrumpía en recriminaciones contra su mujer y su hija, diciendo que era difícil entenderse con Hravn, que nada quería hacer para ser útil y que no sabía más que charlar con ellas. Ellas le respondieron que se comportaba con toda cortesía y que nada tenía que censurar en ello.

—Se comporta hoy de la misma manera —decían ellas— que cuando tanto le apreciabas. Sabe perfectamente comportarse entre las gentes de muy alta cuna.

Kettil respondió que ellas habían sido embrujadas. Empezó a odiar a Hravn y componía poemas infames acerca de él. Hravn hizo como si no se diese cuenta de ello.

Estaban en la ciudad mercaderes del Oeste, del otro lado de la mar. Estaban a punto de partir de nuevo. Un día, Kettil fue a decirles que tenía un siervo para venderles. Estuvieron de acuerdo en que esto les convenía mucho.

—No quiero engañaros sobre la mercancía —dijo Kettil—. Es mentiroso y tiene muchos otros defectos. La primera cosa que debéis hacer con él es tratarle duramente, con energía. Se pusieron pronto de acuerdo sobre muchas otras cosas.

Kettil regresó a su casa.

—¿Quieres venir conmigo hasta el navio? Esto te distraerá —propuso a Hravn.

—De buena gana —respondió Hravn—, si no me deseas más que bien.

Apenas los mercaderes hubieron visto a Hravn, se lanzaron sobre él e intentaron atraparlo. Hravn extendió las manos.

—¿Qué significa este juego? —preguntó.

Se le respondió que pronto iba a darse cuenta de ello.

Pero no les fue posible apoderarse de él. Los rechazó a todos. Raramente —decían ellos— habían visto un siervo tan valiente.

—Eso es posible verdaderamente —respondió Hravn—. El trabajo de siervo que más me gusta es el cuerpo a cuerpo pero jamás, hasta hoy, he tenido tanto trabajo para derribar.

Después, atrapó a uno de ellos y le utilizó para defenderse hasta que el hombre no supo ya dónde estaba.

Entonces Kettil puso pies en polvorosa y huyó hacia la ciudad. Hravn le persiguió y le dio un golpe mortal. Cuando los mercaderes vieron esto, abandonaron el lugar tan rápido como pudieron, pues tenían miedo de que se les acusase de asesinato.

Hravn en seguida se declaró culpable de esta muerte. Después, fue a casa de Kettil y comunicó a la madre y a la hija que acababan de ocurrir cosas tales que, probablemente, no

querrían ya dejarle vivir con ellas. Estas respondieron que, por supuesto, eso había tomado mal sesgo pero apenas podían reprochárselo. Después, le procuraron ropas y alimentos y le dijeron que iba a serle necesario protegerse de la cólera del rey más que de la de ellas. Después, marchó a los bosques y nadie pudo saber dónde estaba.

A poco de eso, el rey Magnus llegó a la ciudad y supo lo que había ocurrido. Sintió una violenta cólera por ello.

—Es inaudito que islandeses vengan aquí a matar a nuestros prebostes y a nuestros representantes —dijo—. Quien ha cometido este crimen será declarado fuera de la ley.

Einar de Namdal acompañaba al rey.

A poco de eso, el rey salió un día de caza con halcones y perros. Sus compañeros se dispersaron y se situaron lejos de él, de modo que quedó allí solo. Entonces, un hombre de gran estatura, vestido con una piel que le caía hasta los pies, salió del bosque. Avanzó hacia él. El hombre pidió al rey que le ayudase.

—¿Qué es lo que me obliga a ayudarte? —preguntó el rey.

—Nada, salvo que mis parientes son tus amigos, y tu generosidad también hace que jamás rehuses tu ayuda a quien te lo pide.

—Al Sur, en Tauskedalen, vive un hombre llamado Kol —dijo el rey—. Voy a enviarte con él. Pero, ¿quién eres tú?

—He sido un criminal, pero ahora quiero dejar de serlo. Tengo enemigos entre tu pueblo y por ello te pido protección. Si quieres enviarme a casa de Kol, dame un signo de identificación, a fin de que él me reciba. Después, me quedaré allí este invierno.

—Haz eso —dijo el rey—. Iré más tarde, una semana después de Pascua de Resurrección.

Luego sacó un anillo de su dedo, lo colocó en el extremo de su lanza y lo tendió al hombre, pues no quería acercarse más.

—¿Dónde crees que Hravn, el fuera de la ley, piensa ir? —preguntó el rey.

—Tiene la intención de ir a casa de tu amigo Einar de Namdal. Podrás apoderarte de él muy pronto —dijo el hombre tomando el anillo, y desapareció en el bosque.

—Me has engañado, Hravn, y te has mofado de mí —dijo el rey.

Hravn fue a casa de Kol y le mostró el anillo del rey.

—Esto es muy extraño —dijo Kol—. Después de haber hecho del rey tu enemigo, vienes de parte suya, llevando un signo de identificación digno de fe.

Hravn permaneció allí todo el invierno y todo el mundo le estimaba mucho. Pero no quiso quedarse hasta la llegada del rey y el sábado de la semana de Pascua, partió.

Cuando el rey llegó, preguntó a Kol:

—¿Dónde está Hravn Gudrunsson? Quiero verle.

—Se ha marchado, señor —respondió Kol.

—Es una lástima —dijo el rey—, pero que todo el mundo sepa que está fuera de la ley. La injuria que me ha hecho mofándose de mí me parece más grave que el asesinato y pongo a precio su cabeza: tres marcos de plata. Que nadie se aventure a pedir que se le perdone la vida por caridad.

Después, el rey partió hacia el Sur con un gran ejército. Se dirigió hacia Dinamarca, pues en esa época estaba en su apogeo la guerra entre él y Svein Ulvsson.

Cuando transcurrió medio mes del verano, Hravn abandonó el bosque y llegó a la costa. Allí, descubrió una gran flota. Se dirigió hacia algunos jóvenes que cocinaban en tierra. Prudentemente, se acercó y les preguntó a quién pertenecía esta gran flota.

—Es preciso que seas muy ignorante e ingenuo —respondieron—. Es el rey Magnus, que espera aquí vientos favorables para ir a Dinamarca.

—¿Qué señores acompañan al rey? —preguntó Hrafn.

Respondieron que Einar de Namdal, el amigo del rey, estaba allí, así como Einar Tambarskaelve y sus trece navios. Añadieron que Sighvat el escaldo se hallaba a bordo del navio del rey.

—Decid a Sighvat que en tierra hay un hombre que tiene un importante recado para él —dijo Hrafn.

Hicieron lo que les había pedido y, durante ese tiempo, Hrafn esperaba en la linde del bosque.

Sighvat fue hasta él.

—¿Quién es este hombre de alta estatura? —preguntó.

—Se llama Hrafn —respondió este último.

—Vete rápido de aquí —dijo Sighvat—. No quiero recibir dinero por tu cabeza y tampoco quiero decir dónde te hallas, aunque te haya encontrado.

—Podrías hacer aún muchas otras cosas —respondió Hrafn—. Se dice que amas el dinero pero, para mí, perder la vida no es gran cosa. Mas si deseas ayudarme, eso debe importante, ya que eres mi tío.

—Reconozco tu familia y mi parentesco contigo —respondió Sighvat—, pero no me creo capaz de ayudarte. Espérame, pues, en el lindero del bosque.

—Quiero seguirte a bordo del navio —dijo Hrafn—. Prefiero ser muerto allí, a tu lado, y no creo que pondrás menos celo en ayudarme allá que si permanezco aquí.

—No eres complaciente —dijo Sighvat—. No estaría bien que te deje convertirte en víctima del hacha, pues ello no nos sería beneficioso, aunque yo tuviese la ayuda y las plegarias de todos. Ahora, haz lo que te pido. Espérame aquí, mientras voy a ver a mis amigos.

—Haré lo que me pides sólo un momento —respondió Hrafn—, y te seguiré en seguida. No quiero esperar largo tiempo una muerte penosa.

Sighvat fue a ver después a Einar de Namdal.

—Heme aquí en un apuro —dijo—. Hrafn ha venido y nada quiere oír. Desea ponerse en manos de sus enemigos. ¿Con qué ayuda puedo contar de tu parte?

—Un ave de mal agüero, he aquí lo que él es —respondió Einar—. Nuestro deber es ayudar a salvar su vida, pero no es deber nuestro enfrentarnos al rey con pocos hombres. El rey jamás me aceptará ya en su séquito si ahora actuamos contra su voluntad.

Sighvat fue a ver después a Einar Tambarskaelve.

—¿Puedo contar con tu apoyo, Einar? —dijo.

—¿Contra quién? —preguntó Einar.

—Mi pariente Hrafn está aquí —respondió Sighvat.

—No tengo deseo de batirme con el rey por causa de él —dijo Einar—. Sucedió una vez que protegí a un hombre que se había ganado la ira del rey y faltó poco para que yo perdiese la gracia real. Aquí tenemos doce navios de los que somos señores, Indride y yo, y marchamos para batirnos con el rey contra los daneses. Haz regresar, pues, a ese hombre, que se ponga a cubierto y no se le deje subir a bordo de nuestros navios para que no sea muerto. Conozco al rey Magnus y sé que prescindirá de nuestra ayuda antes que aceptar que vayamos contra su voluntad.

Mientras que ambos hablaban, Einar de Namdal bajó a tierra para hablar con Hrafn.

—Ten la bondad, mi amigo —dijo—, y no nos pongas en un apuro; sigue mi consejo y vete de aquí. Te enviaré a Hit, mi casa. Allí estarás protegido durante algún tiempo.

—Quiero primero hablar con Sighvat —respondió Hrafn.

Einar se marchó y un poco más tarde volvió Sighvat.

—Entonces, ¿qué apoyo me presta el gran señor? —preguntó Hrafn.

—No será gran cosa —respondió Sighvat—. Verdaderamente, no traes felicidad. ¿Qué quieres hacer?

—Lo que ya te he dicho, subir a bordo del navio del rey en tu compañía —dijo Hravn.

—¿Por qué deseas exponerte de ese modo a una muerte segura? —preguntó Sighvat.

—Porque prefiero morir a atraer la cólera del rey sobre todos vosotros que habéis sabido que yo estaba aquí —respondió Hravn—. Pues podéis estar seguros de su cólera cuando sepa que me habéis ayudado a ocultarme.

—Hablas como un hombre —dijo Sighvat— y me queda aún mi fiel amigo. Voy a pedir ayuda allí donde hasta hoy jamás me ha faltado. Rogaré a san Olav.

Después, se prosternó y llamó al rey Olav en su socorro. A continuación, descendieron y subieron a bordo del navio del rey. Este dormía en la popa del barco pero se despertó cuando Sighvat y Hravn entraron en la estancia. Se levantó sobresaltado.

—En pie todo el mundo —gritó—. El viento es favorable y la victoria es segura cuando desembarquemos en Dinamarca.

Cada uno aprestó su navio, izaron velas y, cuando estuvieron preparados, levantaron anclas. Una vez en Dinamarca, todos los hombres bajaron a tierra. Allí encontraron a un gran ejército danés y se libró una gran batalla. El rey Magnus marchaba al frente del ejército, pero Hravn Gudrunsson fue a colocarse delante del rey. Se batió con valor y nadie le dijo una palabra. Algunos de los hombres vieron a san Olav en el transcurso de la batalla, en medio del ejército del rey Magnus, quien ese día logró una gran victoria.

Por la noche regresaron a sus navios y dieron gracias a Dios por la victoria. Cuando estuvieron a bordo, el rey dijo:

—¿Dónde está Hravn? Ahora puede presentarse ante mí. Ya no tiene necesidad de ocultarse. Entonces Einar y Sighvat hablaron:

—Perdónale, señor, dada la valentía que ha mostrado.

—Nada prometo —dijo el rey—, pero quiero verle.

Entonces, Einar de Namdal fue a buscar a Hravn.

—Vas a presentarte ante el rey —dijo—. Sé prudente cuando le hables, pero sin miedo, y responde claramente la verdad cuando te interroge.

Hravn se presentó ante el rey y le saludó.

—Einar, ¿por qué has traído contigo de Islandia a un fuera de la ley? —preguntó el rey.

—Porque, señor, había sido declarado tal por haber vengado a su padre, que había sido muerto sin razón alguna —respondió Einar.

—Tú, Hravn, ¿por qué has matado a Kettil? —preguntó el rey.

—El componía poemas infamantes sobre mí, señor, y después me vendió como siervo. Pero, luego de haberle matado, he compuesto un poema en su memoria. Es breve y sin arte.

—Háznoslo oír —dijo el rey.

—Como quieras, señor. Sólo te será necesario escuchar también el otro poema —dijo Hravn.

—¿Cuál es ese otro poema? —preguntó el rey.

—Un poema sobre tí, señor —respondió Hravn.

—Recítalo, pues —asintió el rey. Hravn obedeció y, una vez que recitó los dos poemas, el rey habló:

—Esos dos poemas no eran de igual calidad. ¿Por qué has hecho un poema tan bello sobre mí, mientras que yo deseaba tu muerte?

—Porque mereces un buen poema —respondió Hravn.

—¿Por qué has acudido a mí en el bosque? —preguntó el rey.

—Porque esperaba de tu parte la felicidad que acaba de caerme en suerte —dijo Hravn—. Pero allí yo estaba en mala situación al no tener a nadie que pudiese venir en mi ayuda en tierra extranjera y habiendo tenido la desgracia de matar a un hombre poderoso, incluso aunque era con razón.

—Ahora que ha sido expuesta toda tu causa —dijo el rey—, voy a relatarte todo lo que me ha sucedido. Cuando me he dormido a bordo del navio, el rey Olav, mi padre, ha venido y me ha hablado severamente: «Tú estás ahí, rey Magnus, y piensas más en hacer matar al pariente de mi poeta por un asunto sin importancia que en lograr una gran victoria sobre los daneses, tus enemigos, pues en este momento el viento es favorable. Actúa bien con todos los que se hallan a bordo. Si no, he aquí el castigo que te espera: Nada más te saldrá bien en tanto vivas.» Y cuando me he despertado, he visto al punto en la estancia a Sighvat y Hrafn, pero estaba asustado por las amenazas de mi padre para acordarme del asesinato de Kettil o de otras cosas de las que Hrafn se había hecho culpable. Ahora eres bienvenido entre nosotros, Hrafn, pues tal es la voluntad de mi padre y, para subsanar lo que he hecho para perjudicarte, voy a darte a Helga Kettilsdotter como esposa; con una gran dote.

—Lo acepto y te doy gracias —respondió Hrafn—, pero quiero ir a Islandia este verano y hacer cancelar el juicio que me ha colocado fuera de la ley. Después, cuando pueda, regresaré a tu país. Haré el viaje este verano, si puedo.

El rey le respondió que hiciese como pensaba.

Sighvat el *escaldo* relató a continuación al rey que él había invocado a san Olav, suplicándole que socorriese a Hrafn, ya que no lograba ayuda alguna de sus compañeros.

—Satisfaciéndote en tales cosas, como en otras que tú le pides, tanto ahora como cuando estaba vivo, mi padre otorga un gran valor a tu amistad.

Hrafn partió en el transcurso del verano, llegó a Islandia en el momento en que el ting estaba reunido. Se le liberó al momento del juicio de fuera de la ley que pesaba sobre él. Después, regresó a Noruega con su madre. Se casó con Helga Kettilsdotter y el rey le dio grandes propiedades. Luego, en tanto el rey Magnus vivió, Hrafn permaneció siempre con él. Hrafn tenía la reputación de ser hábil en todo.

Aquí se termina su saga.